

CRÓNICAS INDIGNADAS

Juan Pablo Cárdenas S.



Crónicas Indignadas

© Juan Pablo Cárdenas Squella
Ediciones Radio Universidad de Chile
ediciones@u.uchile.cl
www.diario.uchile.cl

Coordinador Editorial : Felipe Reyes
Diagramación : Gloria Barros
Corrección de estilo : Álvaro Cárdenas
Fotos de potada : Kena Lorenzini
<http://lorenzini.lorenzinikena.blogspot.com/>
Registro de Propiedad Intelectual : 978-956-358-820-0
Inscripción ISBN : 255.641
Primera Edición : 500 jemplares

Prohibida la reproducción total o parcial, sin autorización.

Impreso en Gráfica LOM
Santiago de Chile, julio de 2015

*La vida es mucho más
que andar contento,
para vivir en paz y satisfecho.
Se puede vivir, se puede soñar
y luego hay que pensar en
lo que se tiene que cambiar.*

ILLAPU

Índice

Presentación	9
De exilios y exilios	13
Un elocuente doble estándar	19
Cohechar y cosechar	21
Vilezas de la política	27
Savia decisión	31
Las dos caras de Carabineros	33
La heroica resistencia del libro	37
De profesores, periodistas y médicos	41
De los soberbios, el reino de la política	45
Nuevos ricos y pobres menos pobres	49
Saltando como fusibles	53
¿Cuestión de madurez?	57

Galeano y el optimismo	61
Corruptos contumaces	63
Eufemismos que delatan	67
El opio futbolero	69
Sería justo rebautizar	71
Gastos “reservados”	76
La esperanza del presente	81
Los malos también mueren	85
Pasaporte al Paraíso	89
Donde gobernar es obedecer	93
¡Indignados del mundo, uníos!	99

PRESENTACIÓN

Soy un periodista, como tantos otros, cotidianamente abrumado por la obligación, pero también por la pasión y la alegría de escribir y comentar la realidad. En muchas ocasiones, mis amigos y personas más cercanas me han escuchado decir que la política me tiene francamente fatigado; que lo que sucede en Chile todos los días se me ha transformado en una ingrata rutina y que, muchas veces, quisiera ponerle más atención a otros acontecimientos o fenómenos de la actualidad.

Me fascina la información científica y el devenir de la cultura, aunque sus cultores pueden llegar a ser más vanidosos y aburridos que los de la política. Muchas veces, agradezco no haber conocido a muchos escritores y creadores musicales cuya difícil personalidad agrade la maravilla de sus obras. Hasta en los laboratorios de la universidad uno puede encontrarse con investigadores tan arrogantes como para no darse un tiempo para los periodistas y la posibilidad de que su esfuerzo pueda ser entendido por los seres humanos comunes y corrientes. Sin embargo, en estos ámbitos es muy posible encontrarse, también, con personajes notables por su sencillez y bondad.

Pienso, por ejemplo, en un filósofo como Humberto Giannini que hace poco decidió abandonar el mundo yo diría que muy abrumado por lo que sucede o no sucede en Chile, un país que observó, escuchó y quiso como muy pocos chilenos de excepción como él. Aunque tuve el honor de asistir a los funerales de Pablo Neruda, solo en una oportunidad que estuve un rato con él me bastó para darme cuenta de que era preferible leerlo que tratarlo personalmente. Con García Márquez confirmé la idea de que estos personajes tan talentosos pueden ser muy desagradables y arrogantes. Pero, en otro ámbito, recuerdo que con Geraldine Chaplin tuvimos la oportunidad de pasar una tarde entera con ella en Madrid y comer en su casa lo que ella mismo nos cocinó.

Cuando me inicié en el periodismo, no tenía muy claro si sería la política el objetivo de mi profesión u oficio, pero el Golpe Militar nos obligó moralmente a asumir las fascinantes armas de la palabra y la escritura en la lucha contra la Dictadura y la defensa de los Derechos Humanos. Creo que fui de los primeros en oponerse por escrito al pinochetismo y uno de los primeros periodistas, también, en ser exonerado de la Universidad y de la revista Debate Universitario que dirigía a mis cortos veintidós años. Después vino Análisis y desde allí ya no pude cambiar de frente noticioso.

Hoy dirijo la Radio Universidad de Chile y comento todos los días sobre la posdictadura y la frustración de tantos sueños. Se me ocurre que cuando me jubile del todo quizás podré tener licencia para inmiscuirme en otros temas y pasiones. Volver a comentar libros o discos, como lo hice recién egresado. O dedicarme al análisis internacional, por ejemplo, en un mundo en que es posible descubrir temas mucho más relevantes que los que ofrece la rutina política criolla.

De todos los géneros periodísticos el que más me gusta es el de la crónica, es decir el “relato enjuiciado de los hechos”. Un estilo que a los

periodistas nos encuentra con los cuentistas y novelistas, aunque muchas veces no distingamos muy bien entre sus cultores donde empieza o termina la realidad o la ficción. A mi amigo Luis Sepúlveda, a quien valoro como uno de los mejores cronistas, muchas veces le he dicho que no le creo mucho todo lo que nos relata. Que nadie puede haber vivido tantas experiencias en tan poco tiempo... o que le pone mucha “coloratura” a sus obras. Claro, porque él es más “escritor” que periodista. (Ya se sabe que a los periodistas no se nos otorga el título de escritores, aunque escribamos muchas veces mucho más que los novelistas o poetas).

En las crónicas que aquí reúno, todo es cierto. Nada es ficción ni, mentira. Se trata de impresiones críticas, con una buena dosis de amargura y, sobre todo, indignación, en las que no busco agradar a nadie ni, siquiera, contemporizar. Cuando ya he llegado a una edad en que muchos, curiosamente, empiezan a relativizar, a congraciarse con los enemigos o adversarios.

Se trata de impresiones sobre hechos más o menos recientes a en el propósito que me impuse hace dos meses de publicar un nuevo libro en septiembre, mes tan relevante para nuestro país y existencias. Un conjunto de crónicas que aproveché de escribir rápidamente en medio de mis actividades habituales y antes que mis alumnos terminaran su huelga por una educación libre, gratuita y de calidad. En un país en que todos los días sumamos razones para indignarnos más.

En la esperanza de vivir nuevos septiembre es que dejo en el tintero otras muchas crónicas que ya ando enhebrando y que dejaré para un próximo libro primaveral. Salvo que los lectores amigos demanden mi silencio después de este libro; porque de lo que estoy seguro es que deben ser los que nos quieren y respetan los que nos aquilatan y determinen si seguimos vigentes.

Juan Pablo Cárdenas Squella

De exilios y exilios

Antes de cumplir aquella pena de 541 días de reclusión nocturna, varios países europeos me ofrecieron asilo político a fin de que eludiera tal sentencia. Estaba en Helsinki, en un gran encuentro internacional de la prensa, cuando se supo la condena que me propinaron los jueces abyectos de Pinochet, pero preferí volver al país y a la cárcel antes que someterme al desarraigo. Por años había tenido la oportunidad de encontrarme en el extranjero con cientos de familias chilenas y latinoamericanas e impactarme con su dolor y, sobre todo, con sus lacerantes incertidumbres respecto de un eventual retorno.

A nadie le deseo el exilio. Sin embargo, con toda franqueza, debo decir que el destierro decretado por Pinochet no afectó igual a todos. Dependió mucho de cada destino, de la acogida que te brindaran y de las posibilidades que los distintos exiliados tuvieron según su condición económica, nivel educativo o a la posibilidad de ser acogidos por amigos y parientes.

De todas maneras, es efectivo que hubo un exilio dorado, así como el de otros compatriotas que estuvieron sumidos en las más severas precariedades. Ello dependió, en muchos casos, de si habías sido un opositor

o combatiente cualquiera de la Dictadura o si eras reconocido como un dirigente político del exterior. Creo que hay muchos personajes para los cuales su exilio fue una magnífica posibilidad de recorrer el mundo, ser muy bien atendido por los gobiernos e instituciones de todo un planeta estremecido con lo que había ocurrido luego de ese brutal bombardeo a La Moneda. Conocí exiliados que llegaron a vivir casi encima de la Plaza Navona en Roma, a pasos del Arco de Triunfo en París o bajo los cuidados de esa sociedad de bienestar que se pronunciaba exultante en los países escandinavos, donde todos los derechos reconocidos para sus habitantes les fueron conferidos también a quienes venían escapando del horror pinochetista.

Pude apreciar la forma en que los exiliados en América Latina, en África o en el Asia recibían una buena hospitalidad inicial, pero luego debían buscar trabajo y mantenerse con un sueldo más o menos precario. Obligados a integrarse a la sociedad y, por lo mismo, vivir de forma muy distinta al de sus jefes de partido que, por lo general, nunca tuvieron que cumplir con una jornada laboral y se pasaron los años de un avión a otro, de un hotel al siguiente, bien premunidos del dinero solidario de los pueblos y que llevó al Dictador a hablar de “dólares rusos” destinados a resistir su “acción patriótica”.

Una vez en Estocolmo, con el jurista y amigo Manuel Sanhueza tuvimos la sorpresa de enterarnos de un reciente aporte de un millón de dólares a la directiva exterior de la Central Única de Trabajadores, convencidos los suecos que ese dinero era destinado a los trabajadores del interior de nuestro país que luchaban por recuperar sus derechos conculcados. En México, en mi primer viaje a ese entrañable país, pude darme cuenta de la onerosa hospitalidad del ex presidente Luis Echeverría, quien tenía bajo su cuidado y trabajo político a dirigentes como Jaime Estévez y otros que, desde entonces, probaron el gustito por el

dinero y que con los años protagonizaron las más bochornosas operaciones en contra la probidad cometidos al alero de la Concertación durante los gobiernos de la posdictadura. Pero fue en Brasil, en Honduras y otros países caribeños, por supuesto, donde pude observar a muchos exiliados viviendo modestamente y comprometidos con los trabajos y luchas en perfecta congruencia con su sólida integridad moral.

La excepción es la del exilio cubano, donde buena parte de los que estuvieron allí, si bien no vivían tan holgadamente, tuvieron magníficas oportunidades de sanarse de las torturas, de la cárcel y de otros padecimientos que los precedieron en su compromiso político más radical y combatiente. Un país que en ese entonces repartía sin distinguos sus recursos económicos, el alto estándar de su salud, educación de calidad y otros.

Creo que bien podría hacerse un mapa de donde se fueron a vivir los exiliados chilenos según su orientación económica y capacidad de conmovir a los anfitriones. Descubrir, efectivamente, el exilio dorado de algunos militantes del Mapu que en esa época ya tenía dos expresiones ideológicas muy reñidas: el Mapu “mapu”, como se decía, y el Mapu Obrero Campesino (MOC), donde era muy difícil descubrir la militancia de algún campesino, obrero de la construcción o artesano.

Vale la pena en esto valorar a aquellos jóvenes y no tan jóvenes chilenos que estudiaron, aprendieron rápidamente el idioma de los países de acogida y cómo muchos de ellos llegaron en poco tiempo a constituirse en habitantes distinguidos, ocupar cargos parlamentarios, incluso, o acceder a cátedras universitarias y empleos profesionales que en Chile muy difícilmente habrían podido alcanzar.

Ni qué decir la triunfal acogida que el mundo les dio a los artistas y, especialmente, a nuestros músicos. Siempre recordaré, por ejemplo, el éxito que alcanzaron en Francia y en Europa los Illapu, en cuya casa estuve con la madre de los Márquez, sus esposas, sus nuevas “compañeras”

y una trcalada de niños chicos que se comportaban como verdaderos chilenos, pero en idioma francés.

Lo que quiero decir con todo esto es que el exilio tuvo de dulce y de agraz, pero al mismo tiempo hay que asumir que hubo también otro exilio al interior de nuestra patria que padeció, pienso, mucho más de los que voluntaria o forzadamente tuvieron que radicarse en el extranjero. Se trata, sin duda, de esa enorme masa de cesantes, luchadores civiles que alimentaban las protestas; mujeres que salvaron de la inopia a sus familias mediante la organización de solidarias ollas comunes. El desarraigo interno de los miles de chilenos que fueron confinados en las cárceles o relegados a las zonas más extremas y difíciles de nuestra geografía. De los estudiantes compelidos a abandonar sus estudios, como el de esa enorme brigada de militantes políticos y sociales que a pedradas, a gritos y marchas lograron concitar la atención de los millones de chilenos “distráidos”, que se negaron por mucho tiempo a reconocer el horror o sucumbieron al temor paralizante. Aludo a esa enorme cantidad de compatriotas que llegaron fatigados al momento del Plebiscito y del cambio de Gobierno, a los cuales prácticamente todavía no se les hace reconocimiento alguno y hasta hoy (después de 25 años) tienen que hacer huelgas de hambre para reclamar una compensación justa por la prisión y la tortura que recibieron de los agentes del Estado.

A los que contemplaron el término de la Dictadura y el rápido tránsito al poder de los ex golpistas y de los retornados que en más de dos décadas han podido resarcirse de aquellos 17 años en que efectivamente quedaron fuera del gobierno, del parlamento, de los municipios y otras reparticiones del Estado tomadas por asalto por los militares y los empresarios que siempre los digitaron.

Y en esto no estoy pensando en los periodistas que nos confrontamos a la Dictadura y perdimos nuestros medios de comunicación debido a

las sucias operaciones de los que sucedieron a Pinochet y negociaron con los antiguos violadores y cómplices de los DDHH la más interminable de las transiciones políticas que recuerde la historia contemporánea. Nosotros, al contrario de los homenajes que muchas veces nos hacen, vivimos plenos y hasta felices en el compromiso con nuestros códigos de ética e idearios políticos. En un tiempo en que sufrimos los sinsabores, también, del exilio interno, de los amedrentamientos, cárceles y otras agresiones, pero en el que también nos acostumbramos a vivir en *guetos* y recibir entusiastamente a quienes volvían del extranjero. Quienes, por cierto, en poco tiempo nos pasaron a llevar en su ansiedad por obtener un cargo en el gobierno, un *pituto* en el sistema de concesiones públicas, como dispuestos a mantener por veinticinco años el sistema binominal que les permitió completar cuatro o más períodos en el Parlamento. Además de encantarse con el sistema económico social de Pinochet hasta el extremo de acceder a los directorios de sus empresas y convertirse en los fotografiados dilectos de las páginas sociales de los medios de los poderosos medios de comunicación que pusieron a salvo los herederos del Régimen Militar.

Un elocuente doble estándar

En la emisora en que trabajo, la “Radio que Piensa”, como la llamamos, paso haciéndole el quite a esa infinidad de entrevistados de un sinfín y variada parrilla programática. Me fastidian los saludos formales o protocolares por lo que, en general, simplemente “no estoy” para los que quieren saludarme en mi condición de director. Naturalmente, me gusta compartir con los interesantes intelectuales y artistas que nos visitan, pero se nos ha hecho una pesadilla saludar a los políticos, como a las distintas autoridades, en la convicción de que con éstos es muy difícil establecer una conversación sincera e interesante.

En una oportunidad recibo la visita de un parlamentario que, antes de subir a estudio, golpea mi puerta y me obliga a intercambiar palabras y confidencias por cerca de media hora. Ante mi sorpresa, este dirigente del oficialismo me habla “pestes” de Michelle Bachelet y del completo desprecio que le tenía como gobernante. Lo que menos me dijo es que su primer gobierno había sido un completo desastre y que jamás consentiría en apoyarla para su reelección como Presidenta de la República, en una confesión en que honró, como dijo, la confianza que me tenía.

Cuando ya lo vienen a buscar para la entrevista que le aguardaba en el segundo piso, me dispongo de inmediato a escucharlo en la esperanza de que repitiera “al aire” todo lo que había dicho entre las cuatro paredes de mi oficina. Pero cuál sería mi sorpresa cuando lo que escuché de él fue un rosario de loas en favor de la ex jefa de estado de quien todo el mundo aseguraba que se impondría en las primarias y en la elección presidencial que la llevó a iniciar un segundo período presidencial. Sus lisonjas hacia “Michelle” (así la nombraba), fueron ciertamente contundentes, como convincentes, pero en una demostración de hipocresía que me dejó anonadado. Pese a que desde hace tiempo aprendí a desconfiar de la palabra y las obras de los políticos.

Al término de su actuación frente a nuestros micrófonos se retiró de la Radio muy apurado, aunque yo lo estaba esperando para exigirle alguna explicación respecto de su doble estándar. Pero en su prisa solo alcanzó a cerrarme un ojo con desfachatada complicidad...

Con los meses fue designado embajador en una buena plaza diplomática que no puedo revelar sin dejarlo al descubierto. Pues imagino que todo lo que me confidenció fue *“off the record”*.

Cohechar y cosechar

Desde que los políticos se vieron obligados a ganar las elecciones para alcanzar el poder, la imaginación humana ha discurrido mil formas de cohecho para capturar el respaldo popular. Desde las promesas falsas hasta el dinero contante y sonante a fin de capturar el voto de los más incautos, ignorantes o negligentes. En México, en Irak y en tantos otros países hasta hace muy poco hubo partidos políticos y candidatos que cosechaban más del 90 por ciento de los sufragios “válidamente emitidos”, como se decía, en cada proceso electoral. Y si bien el descaro no llegaba tan alto en países como el nuestro, se sabe positivamente que tuvimos leyes y otras normas para facilitar y amparar el soborno.

Bien entrado el siglo XX y hasta que se dispuso el voto libre, secreto e informado, las cédulas se llenaban fuera de los recintos electorales y en las zonas agrícolas, por ejemplo, los campesinos debían marcar sus preferencias delante del patrón o de sus capataces. Más adelante, sería el desarrollo de la propaganda electoral el que rendía los mejores dividendos a quienes tenían la posibilidad de costearla. Paulatinamente, entonces, los partidos políticos se fueron transformando en poderosas

maquinarias electorales destinadas a destacar competidores que tuvieran solvencia económica para financiarse o fueran capaces de armar sus respectivas cajas electorales, gracias a las erogaciones siempre interesadas de los grandes empresarios.

Prácticamente de nada han servido las disposiciones legales destinadas a limitar el gasto electoral, como a transparentar las fuentes de financiamiento de los candidatos. Respecto de la última contienda presidencial, todo el mundo sabe que los candidatos sobrepasaron en tres, cuatro veces más los montos que le rindieron al Servicio Electoral. Prácticamente no quedó poste caminero, muralla o tendido eléctrico que se salvara de ser utilizado para colgar las diferentes pancartas, así como las llamadas palomas publicitarias, los pendones y otros llegaron, incluso, a obstaculizar el tránsito de personas y automóviles, con lo que hubo que lamentar graves accidentes. Millonarias cifras que se destinaron a destacar los rostros de cada candidato, por lo general intervenidos para presentarlos más jóvenes y atractivos, como acompañarlos de eslóganes vacíos de contenido. En el ocultamiento consciente de sus tiendas partidarias, por supuesto, a objeto de ganar el apoyo de los menos ilustrados y reflexivos, dando esa sensación de triunfo que, se dice, es uno de los “argumentos” más contundentes para sumar adhesiones. “Perder el voto” pasó a constituir, entonces, una verdadera estupidez y, como en los juegos, apostar a ganador se convirtió en el gran objetivo. Aunque, para ser justos, el derroche electoral no llevó a las urnas más que a un 42 por ciento del padrón en nuestras últimas elecciones presidencial y parlamentaria.

Desde hace mucho tiempo que los más ricos empresarios nacionales y extranjeros concurren con dinero para asegurarse políticos dóciles a sus intereses, pero hubo que esperar hasta estos últimos comicios para tener una dimensión más o menos real de los ingentes recursos

que las empresas mineras chilenas y transnacionales, las de la actividad pesquera, del comercio, los bancos, el comercio y prácticamente de todos los rubros destinaran a los candidatos y, luego, a los que resultaran elegidos. La propia Ley Electoral, con la que muchos políticos se ufanaban de nuestra incorruptibilidad política, permitía que las empresas pudieran hacer aportes anónimos a los candidatos. Aportes que pudieran ser imputados como gasto en sus contabilidades y, posteriormente, sirvieran para pagar menos tributos al fisco. Por esta vía, los políticos se pusieron a pasar el platillo en la certeza de que estos donativos podían ser también, un buen negocio para los empresarios que, gracias a estas disposiciones, no tuvieron que meterse nunca más la mano al bolsillo para contribuir a la “consolidación de la democracia”, como han llegado a proclamar.

Y en esto de recaudar fondos se llegó a la desvergüenza total. Tanto así que en el pasado, si los candidatos de derecha eran los que más recaudaban de sus amigos, empresarios y familiares, en pocos años el mundo de los “palogruesos” descubrió que le traía más dividendos pasarle dinero a los postulantes de izquierda para asegurarse su fidelidad al momento de legislar y tomar resoluciones gubernamentales o edilicias. De esta forma es que con los votos del progresismo se despachó la más vergonzosa Ley Pesquera y con el concurso de rabiosos “revolucionarios” del pasado se fue sacralizando el modelo económico neoliberal, se despenalizaron muchos delitos de colusión empresarial y se dictaron todo tipo de normas y disposiciones para alentar los despropósitos tributarios, como el ocultamiento de las utilidades de las empresas. Al tiempo que con cohecho se otorgaron concesiones, permisos municipales y un sinnúmero de oscuros negocios vinculados a la utilización de información privilegiada. Sobre todo en la construcción y la compraventa de bienes inmobiliarios. Mal que mal, la derecha política no podía sino defender los intereses de la

empresa privada y del mercado desregulado, por lo que comprarse a un izquierdista llegó a ser más rentable e, incluso, barato.

Pero lo que rompió el saco de lo tolerable fue que un sujeto tan repugnante como Julio Ponce Lerou decidiera prodigarse en favor de los candidatos de la Concertación, la Nueva Mayoría e, incluso, de algunos jacobinos políticos autodefinidos de izquierda. Gracias a un regalo que le hizo su suegro Pinochet, este mediocre personaje (que no tenía más mérito que haber seducido a una de las hijas del Dictador) se hizo de una poderosa empresa minera que se daba por descontado que con el “retorno a la democracia” sería recuperada por el Estado. Se dice que por varios años, el Yernísimo estuvo temiendo una expropiación hasta que se le recomendó destinar recursos para financiar los apetitos políticos de los antiguos disidentes de la Dictadura, para así quedar tranquilo y llegar a convertirse en menos de dos décadas en uno de los más ricos empresarios del país. Situación que lo llevó, incluso, a lograr el reconocimiento de la clase patronal más rancia de Chile y que por muchos años lo consideró un advenedizo, “medio pelo” y oportunista.

Su desparramo de dinero es lo que investiga todavía el Ministerio Público en un proceso judicial que ya ha evidenciado los ingentes recursos defraudados al Servicio de Impuestos Internos, pero también los nombres y apellidos de quienes fueron a pasarle el platillo para financiar sus carreras políticas, entre los que han aparecido los nombres de demócrata cristianos, socialistas y un conjunto de operadores políticos en representación de políticos con las más loables aunque hipócritas causas. Que llegaron a sentarse enfrente del propio Ponce Lerou o sus gerentes para implorarles ayuda económica y, ciertamente, darle garantías a sus negocios en caso de resultar electos.

No quiero dejarme llevar por mis convicciones o pudores; en esto del financiamiento de la política, insisto, no hay tanta novedad respecto

de lo que siempre ha ocurrido en Chile y en tantos países. Sin embargo, aunque el periodismo nos obliga siempre a desconfiar del poder y ejercer nuestro derecho a ser mal pensados, de verdad es que nunca imaginé que la basura descubierta nos haya llevado a descubrir personajes que se autodefinían de izquierdistas, pero vivían en connivencia plena con los Ponce Lerou y otros cómplices del Terrorismo de Estado, como del asalto y la privatización inicua de las empresas del Estado. Emitiendo boletas y facturas que regularmente eran canceladas por las empresas de Ponce Lerou, el Consorcio Penta y templos del capitalismo y del Mercado interno e internacional.

Episodios que han golpeado severamente a la opinión pública pero que, más que ira, han provocado decepción y un enorme desgano ciudadano. Después de que miles y miles de opositores a la Dictadura perdieran su vida y su libertad de manos de los autores y cómplices del horror, pero que hoy aprenden que, en vez de represión, es preferible allegar hasta los directorios de sus empresas a los que salvaron su integridad en la oposición al régimen dictatorial para terminar rendidos a sus encantos.

En un desparpajo que me parece peor entre los seducidos que los seductores y que llevara al director ejecutivo de la Fundación Presidente Allende a integrar el directorio de Penta. Como a los más exaltados voceros de la Unidad Popular sentarse hoy a la diestra de Agustín Edwards o convertirse en connotados *lobistas* o traficantes de influencia de las empresas más pudientes, de los bancos y de los gremios patronales.

Vilezas de la política

Quizás usted pueda identificarlos, pero no quiero dar nombres en mi propósito de referirme a situaciones que se identifican con la política, antes que descubrir a sus autores, cómplices o verdaderamente víctimas de esta actividad.

Un ministro de estado que acompañó durante toda una mañana y en diversas actividades a su Presidente de la República, al momento de volver a su gabinete es bruscamente notificado de despido y en menos de dos horas debe despedirse de sus colaboradores más cercanos, devolver el automóvil asignado y enfrentar a un pelotón de reporteros que quisieron saber por qué fue arrojado de su alto cargo. Interrogante, por supuesto, que no pudo tener explicación alguna de parte del afectado, como tampoco en La Moneda alguien se encargara de dilucidar. Con una indisimulable mueca de malestar en su rostro le agradece, sin embargo, al jefe de Estado haberle depositado su confianza para ejercer el cargo y, posteriormente, desde su partido no se emite ningún reproche a este desaire presidencial, en la majadera advertencia de la facultad que tienen los jefes de estado de nombrar y remover a los miembros de su equipo ministerial como le dé la gana.

Lo mismo observo que le sucede a otro ministro en el gobierno que sigue a quien también intempestivamente se le cursa su renuncia, cuestión que es demoledora para el destituido porque no alcanza a percibir las razones de tal decisión y teme entre sus amigos o parientes más cercanos que esta exoneración pueda significar la ruina en su futuro político. Tampoco el partido en que milita emite protesta alguna por esta situación. Inquirido por la prensa, el afectado dice estar consciente que los secretarios de estado cumplen la misión de ser los fusibles de cualquier gobierno y que verá la forma de seguir en el servicio público en alguna otra destinación.

Me consta que ambos ex ministros rumiaron por algunos meses su rabia y desconsuelo, pero ambos, a poco andar, encontraron otras buenas destinaciones en esto de que dentro de la clase política se pueden clavar las más punzantes puñaladas, pero el que no grita siempre será reivindicado por sus pares y hasta por los adversarios.

Estaba viviendo en México cuando recibimos la visita de otro funcionario con rango de embajador que, en este caso, decide abandonar el gobierno indignado por la postura que éste adoptó en relación a la detención de Pinochet en Londres. Iracundo, desde luego, por los esfuerzos diplomáticos de nuestra Cancillería por liberar al Tirano de la acción de la Justicia Internacional, junto con empeñarse a conseguir su regreso a Chile. Sin embargo, a los dos días de iniciar un saludable descanso en el Caribe para desahogar su mal rato, es convocado de urgencia por el Gobierno para que asuma, nada menos, que el cargo de canciller, lo que lo obliga a regresar apresuradamente a Chile. Luego de lo cual asumió en el cargo ofrecido para, justamente, coordinar las acciones de nuestro Ministerio de RREE en la tarea del rescate a quien estaba preso en Londres. Con lo que no cabe duda habrá tenido que comerse todos los reproches que le escucháramos en la capital mexicana-

na por la grave inconsistencia del Ejecutivo de implorar a los ingleses el regreso de Pinochet, bajo la promesa de juzgarlo en Chile. Donde, como se sabe, a su arribo a Pudahuel se levantó provocativamente de su silla de ruedas, caminó presto hacia sus partidarios para morir más tarde en la impunidad. Aunque en su solemne funeral su féretro recibiere el justo y digno escupitajo lanzado por un nieto de Carlos Prats, general que fuera mandado a asesinar por la DINA en Buenos Aires.

En una ceremonia pública en que me encontré con el nuevo Canciller, éste me guiñó graciosamente un ojo a su paso, gesto que interpreté como un signo de rubor suyo ante todo lo que le escuche decir antes de que fuera honrado para una misión superior, dentro de su trayectoria de servidor público que siempre sirve de pretexto para soportar los más severos agravios y expiar todas las cobardías y transgresiones éticas propias, tal parece de la política en todas partes. Aunque, para decir verdad, yo me acuerdo de ministros que renunciaban a sus cargos cuando entraban en contradicción con sus gobiernos, así como en mis juveniles visitas a las sesiones del Congreso me daba gusto que muchos parlamentarios dijeran las cosas por su nombre, discutieran hasta perder la compostura y despreciaran esa política de los acuerdos de la que oficialistas y opositores hoy hacen gala.

Sabia decisión

Hasta el Golpe de Estado de 1973, los diputados y senadores solían enfrentarse duramente y en no pocas ocasiones llegaban hasta los puños para defender sus posiciones. Una de las principales reyertas fue la del primer mensaje presidencial del 21 de mayo en tiempos de Jorge Alessandri cuando el Jefe de Estado ofendió al senador Julián Echavarrí, de la Democracia Cristiana, en medio del escándalo protagonizado de consuno por Eduardo Frei y Salvador Allende, irritados ambos por una decisión del Tribunal Calificador de Elecciones. En su protesta, le espetaban al Gobierno haber colaborado en adulterar los resultados en una circunscripción del norte del país, por los que terminaron con retirarse del Congreso Pleno, dejando prácticamente sola a la Derecha con su Presidente en el recinto.

En la batahola que se armó, don Jorge se dirigió al senador Echavarrí casi textualmente: “y, usted, que hace aquí, ladrón...”; acusación que mereciera la *ipso facto* respuesta: y, usted, qué se cree, maricón, hijo de asesino...”, lo que dejó verdaderamente atónito al Primer Mandatario y lo hizo desplomarse en su sitial.

Luego de 17 años de dictadura y cuando se reanudaran las sesiones del Congreso fue cayendo en desuso tan encomiable trato entre los legisladores. Particularmente fue desapareciendo el apelativo de “honorable” en el trato formal de unos y otros, aun cuando después de este adjetivo calificativo y vocativo, se hicieran las peores acusaciones.

Pienso, entonces, que la erradicación de esta palabra ha sido una de las decisiones más sensatas del Parlamento. Sin duda, un acto de realismo político y pudor entre aquellos que han llegado a convertirse en los personajes más desacreditados del país. Justamente por la forma en que la honorabilidad se ha perdido en el afán de los candidatos de pasar el platillo ante cada acto electoral, como en el descubrimiento de que bancadas parlamentarias enteras han sido sobornadas para aprobar ciertas leyes según conviniera el gran empresariado.

Las dos caras de Carabineros

Siempre me llamó la atención en México y otros países la existencia de múltiples cuerpos de policías. Agentes del tránsito, policías estatales y federales; para la protección de los escolares y la infancia; para salvaguardar el orden y las entidades públicas y privadas. Toda suerte de uniformes, colores y recursos que se hacía difícil distinguir en las calles, las autopistas y las distintas ciudades. Siempre había celebrado, por lo mismo, que en Chile tuviéramos una sola policía uniformada (además de la Gendarmería), con una sola jerarquización y dependencia. Con los años, sin embargo, he revisado mi posición, aunque nunca para justificar tan abigarrada realidad policial de aquellos países.

Me resulta difícil asumir la idea de que hay un solo cuerpo de Carabineros cuando uno ve a sus efectivos cumplir con funciones tan disímiles como la de ordenar el tránsito callejero, auxiliar a las víctimas de la delincuencia, cumplir con diligencias judiciales y reprimir tan severamente las manifestaciones populares. No me calza ver a un policía atender a una parturienta, cuidar a los niños a la salida de sus colegios y cumplir con otras nobles actividades, con la tarea de andar sorpren-

diendo (más que previniendo) a los automovilistas; discriminando tan groseramente en el trato a los delincuentes de cuello y corbata o a los delincuentes comunes, como se les califica. Como si los empresarios, políticos y otros fueran tan esporádicos.

Menos todavía puedo comprender que pertenezcan a la misma policía esas fieras que uno ve en las manifestaciones públicas, apaleando a los estudiantes, manoseando a las escolares, descargando lacrimógenas y gases tóxicos a diestra y siniestra de forma de afectar, también, a los transeúntes comunes y corrientes que se ven envueltos por estas protestas sociales. No veo posible que un bondadoso policía que tantas veces nos libera de algún apremio sea el mismo que al otro día abusa, golpea y exculpa su proceder con mentiras que hoy, felizmente, se descubren cuando todo el mundo anda de teléfono celular en mano y con éste una cámara de fotografía y video.

Años atrás fui agredido por una verdadera bestia policial que se me lanzó al cuello y me lanzo de bruces nada más que por enrostrarle la violencia que estaba ejerciendo contra unos escolares. En un bochornoso incidente que me obligó a concurrir a la Justicia Militar para responder del cargo que éste me había hecho de haberlo agredido “de palabra y obra”. Cuando en realidad de forma muy intempestiva su mole me cayó encima y no alcancé a decir ni pío después de ser reducido por él y otros tres secuaces premunidos de lumas, escudos y otros temibles argumentos.

Posteriormente y puesto ante una fiscal militar para tomarme declaración, a la gentil abogada que esta vez se me asignó le bastó solo mirarme, apreciar mi estatura corporal, como mi edad, para concluir, sin testimonio mediante, que no había ninguna posibilidad de que fuera yo el agresor y no el propio uniformado denunciante. Y a quien, me prometió, denunciar frente a sus superiores.

De esta forma es que ahora pienso que sería muy saludable que Carabineros pudiera reivindicarse con funciones que se deslinden de los despropósitos de sus “servicios” especiales, eufemismo que se usa para identificar a sus comandos desquiciados y cebados que uno ve operar en las calles armados hasta los dientes y aplicando armas “disuasivas” que en otros países son considerados recursos de guerra. Mejor sería tener, por ejemplo, un servicio policial efectivo, un cuerpo de efectivos del tránsito (“carabitates”, les llamaban antiguamente) y otro que tuviera que asumir una labor represiva que pudiera estar más controlada y recibiera una preparación especial para cumplir con esta función. Tarea de suyo ingrata pero que se asume como necesaria, aunque en ningún caso debieran permitirse las licencias que contemplamos tan habitualmente. Como aquella de infiltrarse como civiles encapuchados entre los estudiantes para alentar el caos y desprestigiar sus movilizaciones.

Se me ocurre que la salud mental de un policía podría salvaguardarse si estos no fueran forzados a ejercer tareas tan disímiles como la de atender a los desvalidos y en la noche integrar esos iracundos comandos que salen a allanar los hogares mapuches de la Araucanía, dispararle por la espalda a los comuneros y arrasar con sus viviendas. Instruidos, muchas veces, por los propietarios forestales, más que por sus propios mandos.

Pienso que con policías distintas podríamos disminuir, también, los índices de criminalidad que comprometen a los Carabineros. Cuando con tanta frecuencia se descubre que, disfrazados de civil, salen a robar automóviles, asaltar cajeros automáticos y a protagonizar accidentes del tránsito en alto grado de intemperancia.

La heroica resistencia del libro

Uno de los privilegios de mi actividad periodística es el acceso que tengo a una gran cantidad de libros, de esos que todos los días se publican en nuestro país y que desgraciadamente llegan a muy pocos lectores efectivos. Es sabido lo difícil que se hace en Chile publicar los brevísimos tirajes que tienen todas las publicaciones, aunque los que escriben libros pareciera que aumentan cada día. Recibir tantos y tan disímiles publicaciones a la semana me interpelan a ser un buen lector, aunque esto no me haya convertido, para nada, en un hombre culto y tan bien informado como quisiera. En mi caso me cuesta “sangre y sudor” aprender, mientras que conozco a quienes, habiendo leído unos pocos libros en toda su vida, tienen tema de conversación para siempre gracias a lo poco leído y hasta descollan como personas inteligentes e ilustradas entre sus conocidos.

Este es un tema que más o menos domino, porque en toda mi vida profesional he sido editor de revistas y libros. Incluso de medios clandestinos, panfletos y volantes. Por mucho tiempo en la revista *Análisis* coleccionamos toda suerte de impresos en la idea de dejar un registro de

todo lo que se publicó a pesar de las prohibiciones castrenses. Sin embargo, quienes nos arrebataron la Revista en el primer año de la Concertación entiendo que terminaron quemando todo este valioso acopio, para después vender nuestra casa. La que hace poco fue demolida pese a su especial y valiosa arquitectura.

Como parte de la llamada “industria editorial”, me consta que en Santiago y provincias todos los días se presentan nuevos libros, en una rutina que muchas veces se hace fatigosa por los extendidos comentarios sobre la obra, los elogios a sus autores y ese “vino de honor” final que corrientemente no le hacen honor alguno a los caldos de nuestra vitivinicultura nacional. Libros que raramente alcanzan un tiraje de quinientos ejemplares; en un país en que una venta de mil o dos mil se considera un *best seller*, cuando en el pasado, con apenas la mitad de la población actual, celebrábamos ediciones de diez mil o más ejemplares y, en algunos casos, otras muchas reimpressiones. Entre los editores nos comentamos que el principal punto de venta de nuestros libros es la presentación misma de éstos, donde ochenta o cien libros que se comercializan a precio de promoción, pueden llegar a financiar los costos de impresión de sus tirajes tan discretos.

Por otro lado, raramente hoy los autores pueden obtener algún beneficio de su esfuerzo creativo, por lo que sus “derechos de autor” prefieren deducirlos a ejemplares que regalan o salen a vender ellos mismos a sus parientes o amigos. Los libreros son los que se llevan la tajada grande de las ventas, pero sabemos que, en tan poco tiraje, con dificultad ésta les financia el costo de sus instalaciones.

Las estadísticas nos señalan que los chilenos leen muy poco o casi ni leen en algunos estratos socioculturales. Los propios diarios y revistas ya no venden ni remotamente los ejemplares de antaño, cuando en los kioscos era posible observar una veintena de diarios de distinta orien-

tación y solo uno de ellos, *El Clarín*, certificaba ventas de más de cien mil copias cotidianamente. Hoy, no creo que los diarios del Duopolio alcancen unidos una cifra similar, siquiera los domingos donde parece producirse las más altas cifras de comercialización. Gracias, sobre todo, a sus avisos clasificados, como se reconoce. En regiones, el balance es aún más pavoroso, aunque encomiable el esfuerzo de algunos tabloides del norte y del sur por mantenerse con vida.

Sin embargo, escritores tenemos en abundancia. Pareciera que todavía se cree en eso de que para convertirse en hombre (o mujer ahora) hay que “plantar un árbol, tener un hijo y escribir un libro”. Se hace imposible seguir la cuenta de tantos autores en los más disimiles géneros. Personalmente, quiero dejar constancia de las maravillas que recibo y disfruto constantemente. De los miles de chilenos que, al menos una vez en su vida, nos regalan sus impresiones y sus talentos. Que escriben aunque sea para sus hijos y sus nietos obras que merecerían muchas veces una vasta difusión. En nuestra editorial, de las tareas más placenteras ha sido publicar algunos libros de personas completamente anónimas en esto de escribir. Haber colaborado a la difusión de un libro de Aurelio Muñoz, el padre de una querida amiga; texto referido a Abraham Lincoln y que hoy complementa con otro valioso registro de lo que fue su vida, del orgullo de ser padre y, por cierto, un chileno inquieto y reflexivo intelectualmente. Así como recién terminé de leer un libro excepcional de María Inés Taulis en que narra en buen estilo sus viajes a lugares fascinantes de la Tierra, en un esfuerzo en que quedé abrumado por sus conocimientos, lúcidas reflexiones y sensibilidad. Adoptando con la misma fluidez, diría, el estilo de un Kapuscinski y de tantos cronistas de viajes hasta Marco Polo.

Tiempo atrás se me remite un libro desde Arica de dos profesores chilenos que estuvieron largos años en el exilio y, ya jubilados, decidie-

ron radicarse en la puerta norte de nuestra larga geografía. Pues bien, lo que me regalaron fue un magnífico compendio de las plantas alimentarias prehispánicas, a cuyo excelente diseño y factura agregan los dibujos (hechos por ellos mismos) de estas especies vegetales autóctonas. Con ambos, con Oriana Pardo y su marido José Luis Pizarro, tuve después la satisfacción de conversar y comprobar que financiaron esta lujosa edición de su propio bolsillo, así como por el generoso entusiasmo de Ediciones Parina.

Y casos como estos se comprueban todos los días en un país que -a veinticinco años de la Dictadura- nada o muy poco hace para fomentar la lectura de nuestra población y estimular la actividad de sus escritores y artistas. Salvo ufanarse con algunos fondos para editar y premiar obras, recursos que son administrados por los gobiernos de turno. Para muchos resulta inverosímil que con las escuálidas cifras de lectura, cada uno de los gobiernos de la posdictadura haya mantenido el IVA a los libros e impresos, gravamen que no existe o es muy inferior en los países desarrollados y en los pobres del mundo y de nuestra región.

Sin embargo, este impuesto se mantiene por las mismas razones que lo impuso Pinochet. Esto es, inhibir la lectura de los jóvenes y de los pobres. Los herederos y cancerberos de la Constitución de 1980, de su sistema electoral y de su horrendo y desigual modelo económico también piensan que la cultura, el arte y el periodismo libre son explosivos e insurgentes. Algo en que tienen mucha razón, por supuesto, aunque la historia nos dice que, más temprano que tarde, son la injusticia social, la corrupción de las autoridades e, incluso, la asfixiante represión policial los mejores detonantes del cambio.

De profesores, periodistas y médicos

Todas las profesiones son muy importantes y pueden jugar un papel decisivo en la salud y el progreso de la humanidad como de nuestro planeta Tierra. Pero me excuso, desde ya, por asignarle a la medicina, al periodismo y a la docencia un aporte más relevante en la posibilidad de cumplir lo que creo es nuestra razón de ser y existir: “comprender y transformar el mundo”. De allí que encuentre tan inaudito que en Chile los maestros hayan sido tan humillados por nuestros distintos gobiernos, castigados a percibir los sueldos más indignos entre todas las profesiones, así como que durante la larga posdictadura no hayan recuperado los derechos duramente conquistados antes de Pinochet, quien pisoteó su Instituto Pedagógico y entregó a las universidades más desacreditadas la formación de los profesores.

Todo se ha dicho en contra de la calidad de nuestros educadores, aunque ya ha quedado plenamente acreditado que el éxito escolar de nuestros jóvenes se debe mucho más a su pertenencia socioeconómica que a la calidad de los establecimientos donde se forman. Es decir, si son privados, particulares subvencionados o públicos, todos los que, como constan, tie-

nen los mismos profesores que habitualmente deben correr de un colegio a otro para hacerse un sustento mínimo. Escribo estas líneas en un momento en que el Colegio de Profesores ha dicho ¡basta! y por más de un 90 por ciento de sus afiliados le ha dado un rotundo NO al proyecto de Carrera Académica que quiso imponerles Michelle Bachelet con la complicidad e ignorancia de nuestros desprestigiados legisladores.

Muchas veces he hablado y escrito respecto de la cada vez más superficial formación de nuestros estudiantes de periodismo, como al triste desempeño de tantos reporteros y “opinólogos” que se destacan en los canales de televisión, las radios y hasta los diarios que ya perdieron esa buena cualidad que tenían de escribir correctamente, aunque no fuera muy relevante lo que transmitieran. Lenguaje vulgar, ignorancia flagrante y un grave desconocimiento de nuestros deberes éticos es lo que ostentan, incluso, tantos reporteros que más bien fungen de atriles de sus micrófonos más que de agudos entrevistadores e investigadores. Siempre he dicho que lo que más contribuiría al buen criterio de nuestros futuros periodistas sería hacerlos viajar por el mundo antes de que abran la boca o escriban con tantos prejuicios, lugares comunes y un desprecio total por la historia, la economía, las ciencias y otros afanes que nos sirven tanto para conocer e interpretar la realidad actual. Obligados por sus mallas curriculares a transitar por un itinerario tecnocrático por cinco o más años, cuando sus destrezas, en realidad, pueden adquirirlas en unas pocas semanas de práctica en los propios medios de comunicación.

En nuestra Escuela de Periodismo se comentó mucho entre los profesores que una estudiante novata reconociera que ni siquiera sabía que en nuestro país hubo una dictadura militar desde 1973 a 1990. Pero de verdad la mayoría de los más jóvenes poco o nada saben de nuestro entorno regional o mundial, en un enclaustramiento geográfico y cultural que a menudo nos lleva a escuchar expresiones tan despectivas como “en Chile y el resto del mundo...”.

Cómo olvidarse que la actividad más prestigiada hasta hace algunos años era de los médicos. En la propia política era un mérito especial el haber sido un doctor antes que convertirse en ministro, parlamentario o presidente de la República. Algo que debe haber influido mucho en la popularidad de Allende y en la que tuvo Michelle Bachelet. En la compraventa de autos usados es increíble, pero cierto, que los vehículos ofertados por los avisos económicos adquieren alta demanda y, por consiguiente, mayor precio si los vendedores son médicos. En los pueblos y ciudades nunca los jueces o los sacerdotes lograron mayor notoriedad social que la de los facultativos, y sus casas eran observadas con mayor atención por los vecinos que las de las autoridades civiles o militares.

Hoy, sin embargo, la buena fama de los médicos se precipita constantemente, aunque nunca al ritmo de la de los políticos. Podríamos decir que en el deterioro terrible de la salud pública como en la privatización escandalosa de la atención y prevención de enfermedades, el buen nombre de estos especialistas se ha deteriorado notablemente. Especialmente con la posibilidad que ellos mismos han aprovechado de abrir toda suerte de clínicas y consultorios privados que corrientemente parecen más hoteles de lujo que centros de salud, entregando servicios de alto costo y dirigido a los segmentos más exclusivos de la población. Mientras que los hospitales languidecen en su obsolescencia, el maltrato a los pacientes y la enorme demora en las atenciones al público pobre y de los sectores medios, que son los más de nuestra atribulada población.

Cuando la vida se nos alarga, inexorablemente es al precio de tener que recurrir a los médicos y someterse a sus caprichosos y casi siempre caros tratamientos. Prestos a dejarnos hospitalizados por cualquier sospecha y someternos a exámenes onerosos y muchas veces completamente inútiles. Es sabido que los doctores que son más eficientes en someter a los pacientes a estas rutinas son verdaderamente recompensados por los prestadores de salud y los laboratorios que compiten por ofrecernos fármacos cada

vez más caros. Es evidente que en esta guerra sucia de intereses, los que más influyen, finalmente, en las recetas son los “visitadores médicos” en cuyos maletines portan toda clase de “muestras gratis” que regalan a sus clientes. Además de los viajes que les financian la industria farmacéutica para asistir a seminarios y otras citas científicas internacionales en que el marqueteo es descarado más que subliminal, como era antes.

Ni hablemos de conciencia social ni de responsabilidad ético profesional. Hace un tiempo discutí fuertemente con un médico empeñado en recetarme las últimas novedades de fármacos para mis distintas dolencias, desestimando completamente que en el mercado existieran las mismas drogas sucedáneas y baratas con el mismo efecto. ¿Pero de qué se preocupa usted, me dijo, si el Plan Auge (por el cual el Estado se hace cargo de solventar un conjunto de enfermedades) le financiará su compra? “En este sentido, me reiteró, yo receto siempre lo más caro”, y se irritó mucho conmigo cuando le señalé que no tenía consideración alguna con el presupuesto general de la nación y que ni siquiera se preocupara de estudiar las ventajas de tal o cual remedio fármaco. “Lo siento, amigo, me dijo, pero su reproche se me hace típico de una persona de izquierda...”.

Desde entonces, reconozco que navego constantemente por el internet para enterarme de enfermedades, tratamientos y ofertas farmacéuticas y, aunque el Auge me financia, poco a poco he ido suprimiendo pastillas y dosis por mi propia cuenta, al tiempo de que evito cada día más a los médicos. Por lo demás, no son pocas las ocasiones en que me he retirado de sus consultorios indignado frente a la larguísima antesala a que someten a su pacientes (clientes, más bien), a pesar de haber convenido en una hora precisa. En “salas de espera”, como se las llama, en que, para colmo, despliegan toda suerte de viejísimas revistas, ajadas y hasta sucias con tantas y largas esperas. De todos los chilenos enfermos de indignidad.

De los soberbios, el reino de la política

El diccionario establece como sinónimos de la soberbia el orgullo y la arrogancia. Sin embargo, cuando hablamos de una persona soberbia nos suponemos también que es despectiva, intolerante y hasta violenta. Aunque se asume como un servicio público, la política es posiblemente la que más casos de soberbia nos depara, como se nos comprueba en la personalidad de los tiranos y dictadores, como también en muchos líderes que, si bien no torturan ni eliminan a sus detractores, son verdaderamente soberbios y prepotentes.

En la nómina de nuestros últimos jefes de estado se dice que Jorge Alessandri fue un personaje muy soberbio y el mismo calificativo le asignan muchos a Ricardo Lagos Escobar. Tanto que hay quienes se empeñan en encontrarles algún parentesco a ambos mandatarios, como hasta algunos rasgos físicos comunes. Pero de lo que no hay duda es que se trata de dos grandes políticos muy poco propicios a reconocer sus errores y que, ante el fracaso de algunas de sus directrices, no vacilaron en echarle la culpa a sus colaboradores o sucesores en La Moneda.

Personajes de una egolatría, además, sin tapujos. En los respuestas de uno de sus ministros, don Jorge dijo que el finado, después de él mismo, era el hombre más notable que había conocido... Así como muchos años después, Lagos se dio maña para liberarse de culpa respecto del fracasado Transantiago y de los desaciertos educacionales que condujeron, posteriormente, al gran estallido estudiantil. Como también pareció increíble aquel acto de presentar como propia la Constitución de Pinochet, porque en realidad los retoques que se hicieron durante su gobierno no lograron cambiarle su esencia.

Sin embargo, es posible apreciar soberbios de menor cuantía en toda la política. Desde luego, el afán de los parlamentarios de conseguir una y otra vez su reelección es verdaderamente un gran acto de soberbia. Especialmente, cuando en este trámite, hay algunos diputados y senadores que han llegado a su senilidad antes de cederle su cupo electoral a un postulante más joven y vigoroso. En la búsqueda de ser reelegido como Presidente de la República también apreciamos otro corriente acto de soberbia, sobre todo cuando en este propósito aseguran que con un nuevo gobierno podrán lograr todo lo que no quisieron o no pudieron alcanzar en su primer período. Algo que, por lo general, es contradicho en la práctica de quienes logran “repetirse el plato”. Es curioso que en esta actitud tanto conservadores e izquierdistas de todo el mundo cedan tan fácil a los halagos y, con éstos, a la voluntad de perpetuarse en el poder.

En estos días, parlamentarios confesos de haber recibido donaciones del gran empresariado para sus campañas electorales, vulnerando los tiempos y procedimientos establecidos por la Ley Electoral, no expresan mínimamente su decisión de renunciar a sus cargos, sino hasta que la Justicia los condene. Así como hay legisladores que durante la tramitación de las leyes mineras y de pesca recibieron millonarios estipendios

de algunas empresas vinculadas a estas actividades y se atreven a afirmar que nunca estas erogaciones influyeron en sus decisiones.

Pero en una soberbia inusitada puedo dar cuenta de algunos personajes que financiaron su propaganda electoral con contribuciones de la empresa Soquimich de Julio Ponce Lerou. Una minera que fuera expropiada al Estado por Pinochet para regalársela a este yerno suyo que daba sus primeros pasos en la actividad privada y llegara a convertirse en muy pocos años en uno de los grandes multimillonarios chilenos. Al espetarles la desvergüenza de haber recurrido a dineros de un personaje tan siniestro, se escudaron en la idea de que esto no era ilegal, acudiendo a otro tipo de explicaciones tan repugnantes como que la política había que financiarla a cualquier precio, “extendiendo la mano y cerrando los ojos, como sin arrugar el ceño”. En la más descarada soberbia, también, para justificar una colusión político empresarial destinada a evadir impuestos, defraudando al Fisco mediante boletas y facturas falsas.

Lo más grave de la crisis de credibilidad ciudadana ocasionada por éstos y otros escándalos no es el soborno, el cohecho, el tráfico de influencias y el conflicto de intereses comprometidos, sino la soberbia de quienes los protagonizaron. Cuando al momento de ser expulsado por corrupto de su cargo, el exonerado ministro declara estar plenamente tranquilo con su conciencia, insistiendo que el dinero jamás determinó sus decisiones. Sin reconocer ilícito alguno en el hecho de haber recibido millonarias sumas cuando todavía se desempeñaba como diputado; cuando se sabe, que los sueldos del Parlamento están entre los más altos del mundo por cumplir las mismas funciones. Receptores de honorarios que suplementaban sus abultadas dietas en cien, doscientos o trescientos mil dólares anuales a cambio de informes insulsos, breves e irrelevantes que no tendrían como objetivo fidelizar a los receptores,

sino colaborar al “fortalecimiento de la democracia...”, como cínica y arrogantemente dan como pretexto.

Por desgracia, una actividad que se supone tan noble como la política al parecer es feudo de los más audaces personajes en que el común denominador es su soberbia. Porque está claro que corrupción siempre ha existido en los ámbitos del poder, pero nunca con tanta desfachatez como en esta profunda crisis que nos tiene nuevamente al borde del quiebre institucional.

Nuevos ricos y pobres menos pobres

La modernidad se ha abierto paso en nuestro país de manera explosiva y muchas veces irreflexiva. Los pobres llegan a convencerse de que no son pobres y los nuevos ricos se dan maña para ser recocidos como si siempre lo hubieran sido. En esta situación se entiende que en la política, por ejemplo, basta que algunos alcancen “el sueño de la casa propia” para que se transformen en feroces defensores de la “propiedad privada”, miren despectivamente a los que tienen menos y hasta se constituyan en la clientela electoral de los candidatos de ultraderecha. Es decir de aquellos que solo defienden su estatus y buscan incrementar su riqueza.

A un admirable luchador social de familia acomodada lo escuché lamentarse de cómo los campesinos de su zona habían dejado de votar por él luego de ser beneficiados por la Reforma Agraria, es decir desde el momento en que se convirtieron en pequeños propietarios agrícolas. “Es increíble, me decía, que prefieran ahora a los candidatos de derecha en la idea de que sus bienes estarán mejor resguardados ahora por ellos y no por los que luchamos para asignarles tierras”. Un fenómeno parecido al de quienes reconocen deberle todo a la educación pública y gratuita

que los convirtió en prósperos profesionales, para después confiarles la formación de sus hijos a los establecimientos privados y más onerosos.

De esta forma es que se instaló también el consumismo desenfrenado. Entre los nuevos ricos y pobres un poco menos pobres se ha ido consolidando una cultura común basada en la adquisición de bienes y servicios (en la mayoría de los casos suntuarios), así como adhiriendo a la ideología que hoy da sustento a nuestro modelo económico y social. Precisamente, el que ha logrado la más escandalosa brecha entre los ingresos de unos y otros.

En las zonas urbanas el sistema público de salud no seguiría atendiendo al grueso de la población si ésta tuviera un poco más de holgura económica para acceder al sistema de isapres. Se tiene la idea de que es de “buen tono” pagar por una atención médica privada y ser atendido en una clínica y no en un consultorio u hospital. Nuevos ricos y pobres menos pobres coinciden en la misma afición por la comida chatarra, la farándula televisiva y por la estridencia de los aparatos electrodomésticos, como signos de estatus. Unos y otros procuran adquirir los televisores de más pulgadas, así como en las casas de unos y otros los libros, la música algo más culta y la convivencia familiar se extinguen inexorablemente. De esta forma es que van consolidándose como una gran clase política y cultural pese a sus ostensibles diferencias: mal que mal los nuevos ricos son por lo general los importadores, fabricantes y comerciantes más exitosos de toda esa basura que consumen los pobres menos pobres. Se necesitan y se retroalimentan unos y otros en la ignorancia y el materialismo y, por lo mismo, terminan sufragando por los mismos candidatos y hasta militando en los partidos de derecha, cuyos líderes más antiguos se lamentan de la cantidad de gente ordinaria y de mal gusto que tiene invadido el Congreso Nacional y los cargos de gobierno.

Ya no se practica ese clásico arribismo que llevaba a la clase media a buscar golpear las puertas de las clases más acomodadas. Hoy son más frecuentes, en realidad, los que desdeñan su vieja alcurnia para asimilarse al mundo de los nuevos ricos, entregarse al consumismo voraz y no ser más fastidiado con la necesidad de educarse adecuadamente, expresarse correctamente y practicar finos modales. Pienso, por ejemplo, en el famoso Kike Morandé, ese animador de televisión de cuya hermana fui compañero de curso en la Universidad y de quien estoy seguro que nunca se le ocurrió que un familiar suyo fuera a destacarse como el conductor del más procaz y ordinario programa de televisión. Que le ocurriera eso a ella, cuando entonces “escupía por un colmillo”, como curiosamente se decía de los más relamidos personajes de la alta sociedad chilena y quien, consecuentemente, nunca hizo algo por relacionarse con aquellos compañeros que no eran de su círculo social, salvo si llegaban a coincidir con ella en ese tan democrático e incómodo saludo de paz de las liturgias católicas.

Un programa destinado, por cierto, a los pobres menos pobres, cuyo *rating* es fundamental para atraer publicidad y fomentar el consumo de este tipo de telespectadores que en las poblaciones marginales o en la llamada cota mil, a muchos barrios de distancia, disfrutaban de los humoristas más vulgares, como de aquellas desnudistas nacionales e importadas para ese sórdido mundo unisex del Kike. Un espacio que le sirve mucho al sistema, para que nuevos ricos y pobres menos pobres disfruten de sus horas de ocio, distraigan sus problemas en la banalidad completa y se identifiquen con el orden inteligentemente concebido para ahuyentar el descontento social, provocándonos a todos la ilusión de que ya no pertenecemos al Tercer Mundo. De que “vamos bien y mañana mejor”, como canta el conocido eslogan.

En la hegemonía política de los nuevos ricos y de los pobres menos pobres es que da pena como se descomponen las familias más tradi-

cionales que, dígase lo que se diga de ellas, cuando hicieron dinero procuraron refinarse en sus costumbres y hasta demostraron cierta discreción en sus vidas. De otra forma no se explica que los forajidos, como un José Menéndez, que vinieron del extranjero a colonizar la Patagonia, hayan terminado construyendo sus propios palacios, encargando sus finos mobiliarios a Europa y prodigándose, incluso, en algunas instituciones benefactoras para expiar sus crímenes de lesa humanidad. Para concluir, finalmente, en Santiago o Buenos Aires, en completa impunidad y arrogándose linajes que no tenían pero pudieron aparentarlos de lo más bien.

Sin embargo, tengo la impresión de que los nuevos ricos de hoy y los pobres menos pobres más bien van a permanecer como tales por mucho tiempo y no intentarán emigrar de clase. Porque, en vez de refinarse, se descomponen y no dan paso alguno hacia una forma de vida un poco más elevada y digna.

Saltando como fusibles

Una de las ceremonias más patéticas de la política es la de los cambios de gabinete. No sé por qué razón a los ministros que son despedidos del Gobierno se los tiene que humillar con una ceremonia en que rápidamente son destituidos, reemplazados y obligados a abandonar La Moneda. Como se sabe, Michelle Bachelet le salió al paso a las denuncias de corrupción que afectaron abruptamente su popularidad recurriendo a ese viejo expediente de imputarle responsabilidad a sus secretarios de estado, solicitar su renuncia colectiva para, después, confirmarlos en sus cargos, enrocarlos y reemplazar solo a algunos pocos. Se asume que los ministros son como fusibles siempre dispuestos a saltar con las crisis de gobierno y cada vez que se deteriora la imagen del jefe máximo. Tanto que cada secretario de estado que es nombrado, al mismo tiempo deja firmada su renuncia “voluntaria” para cuando sea propicio utilizarla.

Varios días duró esta faena presidencial y la ciudadanía en ascuas pudo contemplar por televisión los rostros compungidos de los que se iban con el “sobre azul” y los de quienes, de la noche a la mañana, y con total mutismo, pasaron a ocupar sus todavía tibias sillas.

Es en estos casos cuando se hace más necesario que los jefes de estado estén premunidos de una dura coraza. Para desprenderse, incluso, de sus más sumisos colaboradores. Y en esto, nuestra Presidenta ha superado con creces la actitud de otros de sus antecesores en los cuales siempre se pudo observar en sus rostros algún dejo de emoción y turbación por la ingrata ceremonia del adiós. Hasta en un Eduardo Frei que suele exhibirse siempre impertérrito.

Los periodistas sabemos que Michelle Bachelet llegó muy malhumorada a La Moneda esa mañana de lunes, que luego se encerró en su despacho y posteriormente concurrió al Salón Rojo con una tranquilidad impresionante. Al contrario de lo que ocurrió con los ministros exonerados que en los ojos y en sus forzadas sonrisas fueron incapaces de disimular su desazón o rabia con lo que les ocurría. Como ya es habitual, son los subsecretarios del Interior los más fríos y descarados operadores gubernamentales que los presidentes disponen para acometer los más oscuros cometidos del poder, como para actuar de maestros de ceremonias de estas tensas ocasiones. En este caso, para pronunciar los nombres de los ministros a los cuales se les ha “aceptado su renuncia” (eufemismo de expulsados), y para nombrar sin mueca o inflexión de voz a sus reemplazantes.

Luego, como se sabe, vienen los abrazos y aplausos. Ovación para despedir a los que se van, aunque hayan metido los pies y las manos en su gestión. Aplauso cerrado y prolongado, también, para saludar a los que se incorporan al gabinete, cuando algunas veces ni los propios jefes de estado saben quiénes son. Vienen, enseguida, los más rutilantes agradecimientos de los obligados a irse de cargo, a objeto de ponerse a disposición para otra encomienda presidencial en Chile o en el extranjero. Hasta, si fuera preciso, asumir embajadas —como las de Portugal— que son francamente tan apetecidas por aquellos ex ministros u otros que

quieren ir a descansar a Europa con un buen sueldo y sin tener mucho que hacer. Finalmente, los nuevos y recién empaquetados ministros invariablemente rinden homenaje a sus antecesores y despejan las dudas y especulaciones en cuanto a que sus nombramientos puedan significar un cambio de rumbo del gobierno, lo que generalmente acontece después.

En este último “ajuste” de Gabinete quizás las novedades estuvieron marcadas por algunos hechos sorprendentes, como el intempestivo fallecimiento de la secretaria del ministro del Interior removido, o el cándido reconocimiento que hizo una ministra cambiada de cartera en cuanto a que tenía que estudiar el fin de semana los proyectos de ley que estaba negociando su antecesora con la Central de Trabajadores, las cúpulas empresariales y el Parlamento.

Posteriormente, los periodistas de La Moneda se encargan de indagar el retiro de las especies personales que los ministros salientes retornan a sus casas o se llevan a las nuevas dependencias. Del mismo modo que se proponen descubrir lo que traen los nuevos en cuanto a fotos y otras especies que siempre se encargan de destacar su sencillez y sensibilidad.

Pero, pese a las estridencias de todas estas ceremonias, en esta última lo que prevaleció fue el asco que experimentamos con los efusivos abrazos de los que se iban y venían. Los abominables como reiterados palmotazos de afecto que le brindó el presidente del Partido Socialista al ministro del Interior que tanto colaboró a destronarlo con su reiterada y demoledora crítica.

Pero quizás lo mejor de todo fue comprobar el silencio en que cayó el conjunto de la clase política durante esos tres largos días que la Presidenta se tomó para anunciar los nuevos nombramientos. Una autocensura gratificante para la inmensa mayoría de los chilenos y que no tiene otro motivo que abstenerse de decir cualquiera cosa que pudiera afectarles en la posibilidad de ser ungidos por La Moneda. Tres

días en que hasta sus celulares dejaron de vibrar en la esperanza de recibir solo esa anhelada llamada, en este caso, de la jefa de gabinete presidencial. Porque en su ansiedad, los parlamentarios en ejercicio, los alcaldes recién electos y otra pléyade de altos funcionarios públicos están siempre dispuestos a escalar otras posiciones de mayor visibilidad y mejores granjerías.

Aunque nos parece una ceremonia cruel y degradante, ojalá que se mantenga este protocolo de las crisis de Gabinete para que ellas nos recuerden las miserias de la política y los puñales que se clavan en las pugnas de poder, donde en realidad no existen ni compañeros ni camaradas.

¿Cuestión de madurez?

En los años de mi más cándida juventud le espeto a un gran luchador social su renuncia al Partido Comunista y de proferir, con frecuencia, duras descalificaciones a esta colectividad.

-Mire, Juan Pablo, me dice. Usted es todavía muy joven, pero cuando llegue a la madurez política se va a acordar de mí...

No sé si he llegado realmente a la madurez política, pero ciertamente desde hace algunos años no he podido sino encontrarle razón a este personaje ya fallecido y cuyo nombre no debo revelar, porque se trató de una conversación privada, sin micrófonos y publicación mediante.

Empecé a acordarme de él cuando escuché por primera vez a los miristas expresar su profunda desconfianza hacia el PC. Posteriormente, todo lo sucedido con el Frente Patriótico Manuel Rodríguez me hizo desconfiar de la forma en que el Partido Comunista fue deslindándose de estos jóvenes militantes que no hicieron más que poner en práctica “todas las formas de lucha” que, de la noche a la mañana, había proclamado el partido de Luis Corvalán y Gladys Marín. Sin embargo, cuando las advertencias de este viejo líder se me hicieron más certeras

ha sido a partir de la incorporación del partido de Teillier, ahora, a la Nueva Mayoría y al gobierno de Michelle Bachelet.

Había recuperado mi confianza en los comunistas con la explosión estudiantil de 2011, con el liderazgo de Camila Vallejo y con esas multitudinarias marchas que en Santiago y provincias abrieron de nuevo “las anchas alamedas”. Hasta volvía a emocionarme con esa multitud de banderas rojas que acompañan las movilizaciones y compartí el orgullo nacional que nos brindó la cálida admiración que internacionalmente se le entregó a Camila, como a una generación de nuevos y brillantes líderes universitarios y secundarios.

Escribo esta crónica llegando de otra inmensa marcha en el centro de Santiago en la que, sinceramente, ahora, no vi una sola bandera comunista, socialista o de los demás partidos. Salvo los pendones de un partido chico que no logra remontar el número de sus abanderados de una concentración a otra y que más bien parecen contratados por alguien. Me sorprende contemplar que el lienzo más destacado es el que reza ¡que se vayan todos! Leyenda que se me hace muy expresiva del momento actual en que la corrupción y la connivencia de empresarios y políticos tienen a tan maltraer nuestra estabilidad institucional y confianza en las instituciones públicas.

Después de que la Concertación, que le dio cuatro gobiernos sucesivos a la Posdictadura, perdió ante la Derecha y dejó a la intemperie a los partidos que la integraban, en ese momento el Partido Comunista decidió integrarse a esta nueva coalición que con una propaganda millonaria jamás vista antes, y con una abstención del 58 por ciento, reinstaló en La Moneda a Michelle Bachelet. Claro, en el afán de volver a La Moneda, demócratas cristianos, socialistas y otros consintieron en aceptar al PC como aliado para, luego, sentarlo a la mesa de la repartija de cargos y prebendas. Integrados al pacto electoral que logró imponer-

se frente a una alicaída derecha, los comunistas negociaron muy bien y lograron mediante pactos de exclusión asegurar que cinco de sus militantes (incluida Camila) pudieran acceder a la Cámara de Diputados.

Con ello, sin embargo, los comunistas le dieron las espaldas a todos los candidatos y expresiones vanguardistas que habían sido aliados suyos hasta el momento de comprometerse con la Nueva Mayoría. Rápidamente se constituyeron en bancada y lograron un ministerio y otros cargos menores para destacarse, enseguida, como el partido de gobierno más leal a la Presidenta a la hora de votar y defender sus iniciativas que, con frecuencia, son resistidas por los demás partidos oficialistas.

Estupor le causó a mucha gente que esta bancada comunista permaneciera en la sala de la Cámara Baja cuando se le rindió homenaje a Jaime Guzmán, el fundador de la UDI y, posiblemente, el principal instigador intelectual del Golpe de Estado de 1973. Además, por cierto, del Departamento de Estado norteamericano, la CIA, El Mercurio y el gran empresariado criollo. Es más, Teillier y otros diputados se pusieron de pie frente a este minuto de silencio prodigado a Guzmán, a excepción de la diputada Vallejo y de otros integrantes de la bancada “estudiantil” del Parlamento que permanecieron sentados e indiferentes. Pero faltaba todavía que unas semanas después el más fanático y fascista de los parlamentarios de la oposición consiguiera la anuencia de la Cámara para un homenaje, ahora, al propio Augusto Pinochet, al cumplirse un nuevo aniversario de su muerte. En esta ocasión, el presidente demócrata cristiano de la Cámara de Diputados y el secretario comunista de su mesa permanecieron en la testera, se pusieron de pie y guardaron solemne silencio durante este despropósito que dio la vuelta del mundo, aunque esta vez la mayoría de los legisladores decidieron retirarse de la sala.

Podría enumerar otra suerte de horrores políticos del PC durante los primeros meses de gobierno de la Bachelet como, por ejemplo, la

forma en que representantes de esta colectividad retiraron utilidades de la Universidad ARCIS, mientras sus líderes universitarios demandaban NO al Lucro y fustigaban en las calles al sistema educacional.

El asunto es que ya el PC no está como antes en las calles y soslaya pronunciarse respecto de la enorme falta de probidad de sus socios en el Gobierno. Todo lo que entraña la completa desafección de este Partido con su conducta ejemplar en la lucha contra la Dictadura. Es evidente que ahora el número de los ex comunistas sobrepasa con creces el de los que continúan militando, cuestión que se nota porque –aun renunciados al Partido- mantienen una forma de hablar, de vestirse y hasta de caminar típica de su idiosincrasia social y cultural.

Y con tristeza, recuerdo a ese viejo líder que me advirtiera que en este tema solo abriría los ojos cuando llegara a la madurez. Por lo que por ésta y otras desilusiones he lamentado que la vida ahora sea tan larga.

Galeano y el optimismo

En su última visita a Chile tuve la suerte y el honor de cenar en casa de Manuel Cabieses con el destacado escritor uruguayo y latinoamericano Eduardo Galeano. Nunca fui propiamente lo que se llama un amigo de Galeano, si se considera que no estuve con él más de seis veces en su vida: cuatro aquí en Chile y dos en México, aunque en cada oportunidad conversamos como si nos conociésemos desde siempre.

Es lo que pasa cuando uno es un asiduo lector de ciertos escritores y, sobre todo, un constante seguidor y repasador de su obra monumental. Cada vez que nos vimos era como si hubiésemos hablado el día anterior y dedicado muchas horas para discutir, compartir diagnósticos y coincidir en la idea de que cualquier cambio sería mejor de lo que existe.

En tan alto consenso me resulto siempre placentero hablar de política, pero sobre todo de la vida. Dejarnos llevar por esas largas sobremesas que hablan también de afectos, comida y vinos para concluir siempre que chilenos, argentinos, bolivianos, mexicanos y otros éramos, por sobre todo, latinoamericanos, hijos de un pasado común y de un porvenir necesariamente fraterno.

Ácido en la crítica, demoledor con las convicciones, a Eduardo Galeano nunca lo escuché o leí desesperanzado. Diría, en cambio, que pocas veces conocí a una persona tan optimista, como segura de que todo tiempo futuro tendría que ser mejor. Tanto es así que con la caída estrepitosa del Muro y el derrumbe de la Unión Soviética, éste discurrió en una crónica excepcional y contundente en cuanto a que los latinoamericanos no teníamos por qué dejarnos abatir por el desencanto... Porque esa tan proclamada revolución socialista simplemente no había sido realmente socialista. De la misma forma es que con la desnaturalización de la revolución sandinista escribió con dolor, por supuesto, pero para advertirnos a todos de que tal frustrada experiencia debíamos asumirla de todas maneras como la más bella de las revoluciones de América Latina. De la misma forma en que esta última noche juntos nos advirtiera que, pasara lo que pasara en Cuba, allí no se iban a borrar jamás las huellas de la dignidad humana sembrada por la gesta de Fidel Castro, el Granma y sus barbudos seguidores.

La última vez que lo vimos lo notamos algo encorvado, con la fatiga instalada en su espalda y caminar. Su voz se había hecho más tenue, pero todavía más lúcida y convincente. Pero en nuestro último abrazo sentí que su cuerpo se había disminuido tanto que ya no sería capaz de sostener por mucho tiempo más tanto talento y sabiduría.

Corruptos contumaces

En medio de una crisis de probidad y credibilidad social tan severa como la que hemos vivido en los últimos años, hay voces que se conforman con la idea de que, a pesar de todo lo que ocurre, nuestro país no es corrupto o sería mucho menos corrupto que otros. Una sentencia que viene desmintiéndose con cada episodio de cohecho, evasiones tributarias y esa suerte de colusiones interempresariales y políticas que descubre ahora la prensa en el propósito de asaltar al erario nacional, el bolsillo de los consumidores, vulnerar la Ley Electoral, cuanto defraudar la confianza de la población.

No veo, en realidad, demasiadas diferencias en la forma que proceden los políticos mexicanos, argentinos y otros en relación al comportamiento de los de nuestro país. Tanto aquí o acullá, por ejemplo, los bancos practican la usura, los funcionarios públicos son corruptibles y los grandes empresarios se dan las mismas mañas para acrecentar dolosamente sus utilidades. Con el agravante de que en Chile aún no existen los derechos y fueros sindicales para oponerse a los abusos.

En cuanto a los horribles actos de abuso sexual, pedofilia y otros que han remecido a la Iglesia Católica universal, pienso que nuestro país

lleva la delantera en América Latina, donde un caso como el del sacerdote Karadima contó con la complicidad de la jerarquía eclesial y de los tribunales de justicia que declararon la prescripción de sus delitos. Como se sabe de obispos y sacerdotes que han sido amparados por su institución y relegados a destinos desconocidos para sortear la acción de los tribunales o salvarlos del linchamiento público.

Ya se acepta que nuestras propias Fuerzas Armadas son una cantera del delito, de las compraventas irregulares de armas y de los privilegios salariales, previsionales, de salud u otros que constituyen un verdadero escupitajo a la condición del común de los trabajadores chilenos. Dicho sea de paso, después de 40 años, ninguno de los “valientes” uniformados que mataron a Allende e incendiaron la sede de nuestro gobierno ha sido siquiera procesado por tal vileza. Un acto de terrorismo dejado en la impunidad por los que siguieron a Pinochet en el poder y se han negado a investigar y esclarecer un magnicidio que, a juicio de varios tanatólogos, indicaría que el presidente Allende fue realmente ultimado. En este sentido, es inaudito que hasta la propia hija del extinto mandatario insista en la hipótesis del suicidio, versión que habría sido consentida por los militares y sus sucesores en La Moneda para salvaguardar a nuestras Fuerzas Armadas ante tamaño acto de cobardía y sedición. Siempre me quedarán en la memoria esas imágenes del doctor Enrique París, que al salir rendidos del Palacio Presidencial, gritaba: “¡asesinaron al Presidente, mataron al Presidente!”.

En este tema y luego de vivir más de cinco años en Ciudad de México, puedo dar testimonio que la corrupción es generalizada en todas las elites políticas, empresariales, sindicales y de otro orden en nuestros dos países como, en general, de toda la región. Sin embargo, viví en la capital mexicana diversas experiencias que me llevan a asegurar que la corrupción está aquí mucho más entronizada en la población que en otros países.

Me tocó en ese país enfrentarme a un apagón que dejó en completa penumbra al supermercado que en ese instante visitaba, pudiendo atestiguar que observé el perfecto comportamiento de los compradores hasta que la luz volvió y todo seguía en su lugar y no en las manos o el bolsillo de los clientes. Una corrección que me dejó atónito y me obligó a recordar sucesos en Chile en que ocurría todo lo contrario y no eran pocos los que se valían de la oscuridad y de la confusión para hacerse de todo tipo de especies. Lo más bochornoso sucedió con el terremoto del 2010, oportunidad en que todos pudimos observar cómo los chilenos de las más diversas condiciones sociales acudían a asaltar las tiendas. No para llevarse alimentos y otros de primera necesidad sino televisores y diversos electrodomésticos. Por algo es que en cada tragedia de éstas ya se ha hecho rutina, lamentablemente, sacar a las calles a los soldados para hacer frente al saqueo que victimiza a los damnificados por los maremotos, inundaciones y estampidas volcánicas. Cuestión que llevó incluso a un conocido empresario del *retail* a comerciar la ayuda que provenía desde el extranjero y que tenía como destino auxiliar a las víctimas.

En el mundial de fútbol de 1974, en Alemania, fue muy comentado el bochornoso robo que practicaron algunos jugadores de la “Roja de Todos” de toda suerte de enchufes, ceniceros y otros artefactos de las habitaciones del hotel en que pernoctaron. Convirtiendo estas especies en un *souvenir* para sus casas, en un tiempo que eran más pronunciadas las distancias entre el primer mundo y el tercero en materia de artefactos y tecnologías. Pocos años después supe de primera fuente en La Habana del estado calamitoso en que quedó un pequeño hotel de lujo dispuesto por Cuba para hospedar a un grupo de exiliados que, luego de varios meses de acogida solidaria, también sustrajeron todo tipo de especies e hicieron grandes daños al inmueble mismo. Fue un miembro del Departamento América del Partido Comunista Cubano

el que me invitó a conocer el hotel ya restaurado, cuyo magnífico estado pude contrastar con las fotografías que me exhibieron después de este aluvión chileno allí y en tierra solidaria.

También en tierra azteca me enteré de un asalto que fue objeto un turista chileno de parte de un sujeto que, junto con robarle su billetera, accediera al ruego que nuestro compatriota le hizo para que, al menos, le devolviera algo de plata para tomarse un taxi de regreso a su hotel. Una situación jocosa pero que marca diferencia ética entre los delinquentes de aquí y de allá. Cuando en nuestro país los rateros escogen justamente a los ancianos, a los niños y a los más desvalidos para despojarlos de sus pertenencias.

Lo más increíble es cómo se han hecho anécdotas graciosas de la obsesión de robar tan alojada en nuestra “alma nacional”. Con la forma en que, en el mismo y generoso exilio europeo, los chilenos se valían para defraudar a los cándidos y honestos anfitriones. Como aquella oportunidad en que dos chilenos fueron sorprendidos por policías suecos llevándose una radio que no pagaron. Guardianes del orden que, en vez de apresarlos, decidieron darles una valiosa lección: rescatar la radio robada a cambio de donarles una mucho más cara a estos pobres chilenos “amigos de lo ajeno”.

Eufemismos que delatan

Ya en la propia Dictadura Militar la palabra “pueblo” prácticamente desapareció del léxico político. Los militares no consentían con expresiones como ésta, como tampoco con la palabra “revolución” que estuvo tan presente en los idearios y programas de la Izquierda y de la propia Democracia Cristiana. También el concepto “capitalismo” empezó a fastidiar a las autoridades y hasta los propios intelectuales vanguardistas se escudaron bajo la denominación “neoliberalismo” para soslayar la realidad de un modelo económico social aún más salvaje de lo que conocíamos. Incluso la referencia al “imperialismo” fue relegada de textos y conversaciones.

Con la posdictadura (que primero se hacía llamar Transición), pensábamos que podrían recuperarse tales y acertadas expresiones, especialmente la palabra pueblo que es tan parecida como universal en una gran cantidad de idiomas. No está de más recordar cómo los militares echaron a las hogueras callejeras todos los ejemplares de ese libro la *Revolución del Átomo*, que nada por supuesto tenía de subversivo, salvo para los oficiales y concriptos empeñados en quemar todo lo que les pareciera sospechoso.

Desgraciadamente, sin embargo, nuestra política ha quedado prendida de los eufemismos y, hasta ahora, tampoco se recupera a cabalidad la práctica de “llamar al pan, pan y al vino, vino”. De esta forma es que el último Mensaje Presidencial de Michelle Bachelet y los comentarios posteriores de sus diversos exégetas, han dejado de lado expresiones como pobres, indigentes y discriminados bajo la común denominación de “sectores vulnerables”, como si les diera vergüenza reconocer que, en estos últimos 25 años que han seguido a Pinochet, la realidad de la pobreza sigue siendo apabullante, pese al crecimiento económico experimentado. Millones de pobres que se pueden observar especialmente con las tragedias naturales, cuando los volcanes, aluviones e incendios ponen más al desnudo nuestra desigualdad.

Pero lo que me parece una verdadera exageración es la referencia a “personas en situación de calle” referidas a esos cientos o miles de pobres que viven bajo los puentes, del suministro que les proporcionan las bolsas de basura, sin ningún acceso a la salud, a una pensión de gracia u a otra asignación humanitaria.

En el país de los eufemismos, como nos calificara un eminente periodista mexicano, los propios empresarios gustan de ser llamados preferiblemente como “emprendedores”, cuando en la mayoría de las veces lo que hacen es pura especulación bursátil, como realizar inversiones en compañías seguras y casi siempre pertenecientes a inversionistas extranjeros. Obtener utilidades, muchas veces, que son producto de la elusión y evasión fiscal; de las escandalosas colusiones empresariales, del asalto a los consumidores indefensos y de las concesiones asignadas por el Estado.

El opio futbolero

Mucho más que un deporte nacional, el fútbol es tema de conversación principal en Chile. Una preocupación directamente proporcional al grado de deterioro cultural de la población. Nada puede llegar a ser más irracional que convertirse en un hincha fanático, vestir a toda hora y lugar con las camisetas de los clubes y hasta cortarse el pelo y tatuarse al estilo de los más afamados futbolistas. No son pocos los casos de jóvenes que mueren por defender los colores de su equipo, cuanto practicar la intolerancia total hacia los clubes adversarios.

En las poblaciones más pobres, la segregación y las principales confrontaciones se derivan justamente del fervor de los hinchas. Calles y paredes posicionadas por los partidarios de la “U”, del Colo-Colo y de otros pocos referentes agrupados en organizaciones con el expreso ánimo de delinquir y causar el caos en los estadios. Espacios públicos, aceras y otros apropiados indebidamente para levantar animitas y hasta verdaderos templos en miniatura que se pueblan como callampas en los barrios, ciudades y hasta en las propias carreteras y autopistas. Siempre en la memoria de los hinchas muertos en accidentes de tránsito, víc-

timas de la ingesta abusiva de bebidas alcohólicas y drogas, como en aquel fervor futbolístico potenciado por las expresiones de una religiosidad popular irreflexiva y pueril.

Los llamados periodistas deportivos poco o nada hablan o escriben de deporte. Se quedan en la farándula deportiva, preocupados mucho más de los excesos cometidos por aquellos futbolistas mareados por el exitismo y sus ingresos millonarios que de las competencias, rendimientos o de los maravillosos espectáculos proporcionados por el talento, el esfuerzo y la disciplina de sus cultores. Muy tangencialmente preocupados de destinar espacios y tiempos para el atletismo, el tenis y tantos otros deportes, dejando casi todo su quehacer circunscrito a lo que sucede dentro de las canchas de fútbol, los camarines y los avatares de los dirigentes del fútbol. Es decir de esa mafia internacional de traficantes de jugadores que tienen en la FIFA su Vaticano de indecencias y abusos.

Pareciera que todo lo que sucede en el fútbol nacional e internacional tuviera alguna razón de ser. Desde los contratos millonarios que se pactan con los jugadores y entrenadores, hasta esa inmensa red de acuerdos espurios y transacciones para sumar campeonatos, copas y estipendios que terminan por colapsar la resistencia de los deportistas, ir acotando el entendimiento humano o simplemente embruteciendo a los pueblos que hoy se interesan y dedican en jornada completa a las vicisitudes de las grandes, medianas o pequeñas ligas futbolísticas. Nunca los canales de televisión recaudan más que con la transmisión constante de encuentros futbolísticos. Señales que poco a poco han ido consolidando más y más espacios en el espectro comunicacional y en los noticiarios y páginas de la prensa.

Es evidente que el fútbol es ahora el opio de muchos pueblos. El gran volador de luces que nos distrae de la política, de la economía y, por cierto, de la cultura y el arte, donde debieran tener sitio el juego y

las competencias que nacieron tan adheridas a las diferentes civilizaciones. No deja de ser expresivo que en los momentos de mayor tensión política y social un campeonato puede salvar de caer al precipicio a los gobiernos y a los políticos más inescrupulosos. A pesar de que en Brasil, el país más futbolizado del mundo, el último campeonato mundial no pudo soslayar la corrupción de las autoridades y, por primera vez, acaso, en este país un campeonato eximio como éste levantó más polvareda social, descontento y repugnancia con toda esa mugre que el Gobierno pretendió esconder bajo las alfombras del pasto verde de sus estadios. Así como en el pasado una guerra en Centroamérica se inició en un estadio y, en Europa, varios conflictos se han visto gatillados por las confrontaciones deportivas.

En Chile, en cambio, estamos lejos ahora de que el fútbol pudiera agudizar nuestras tensiones sociales. Es curioso que la indignación nacional por los desmedidos sueldos de la clase política, las especulaciones y colusiones empresariales y los abusos de toda índole no se manifiesten en contra de los realmente desmedidos ingresos de algunos futbolistas y dirigentes de esta actividad. En algún momento, sin embargo, las barras bravas jugaron una valiosa contribución a la conciencia política y a la necesidad de repudiar a la Dictadura. Era cosa de escuchar atentamente al coro subversivo de quienes iban a los estadios a avivar a sus clubes, pero de paso alentar la lucha contra la Dictadura. Letras y música hermosamente insurgentes que debieran quedar bien registradas en nuestra memoria.

No hay duda que vivimos un momento en que el fútbol, desgraciadamente, está adormeciendo las conciencias y colaborando a las impunidades. Claramente, nos faltan figuras deportivas que salgan de su ensimismamiento, tomen en cuenta todo lo que ya han obtenido gracias a su éxito y, más que repartir algunos pesos en sus pueblos y ciudades de

origen, asuman todo lo que podrían hacer si hablaran y denunciaran. Para que al menos otros talentos como los suyos tengan posibilidad de expresarse y ser reconocidos en un país que carece tanto de equidad y oportunidades para los jóvenes y los pobres. Futbolistas que se asuman como ciudadanos y no como peones de una industria que los ahoga en dinero, pero les roba su condición humana.

Sería justo rebautizar

Una de las más eficientes formas de escribir la historia de los pueblos es asignarle nombres a las ciudades, pueblos y calles. En nuestro país ésta es una tarea que le corresponde a las municipalidades, por lo que se hace muy corriente que se repitan en demasía tales denominaciones entre un lugar y otro, incluso entre comunas aledañas, lo que le complica mucho la vida a los taxistas o a uno mismo, cuando no se nos precisa el barrio correspondiente en la dirección que se nos da.

De buena forma, la denominación que le damos a las distintas regiones, localidades y rutas es demostrativa de lo que somos o, más bien, de lo que hemos sido. En México, por ejemplo, me animé a comprar un diccionario de los aztequismos para traducir cada uno de los nombres que saltaban a mi paso, lo que me permitió valorar la forma en que se estima allá la cultura y el idioma de los pueblos fundacionales, donde todavía viven y hablan más de sesenta pueblos indígenas. Bellísimos nombres en lengua náhuatl para reconocer, también, montañas, volcanes y ríos en conjunto con los nombres castizos de los forjadores de la República, de sus

intelectuales, y líderes políticos y sociales. Me encantaba mirar el imponente Popocatépetl, concurrir a la hermosa sala de conciertos Nezahualcóyotl, al mismo tiempo que visitar la ciudad Puebla de los Ángeles, Veracruz, Guadalajara y otras que nos ensalzan el valioso legado colonial mexicano. Ni qué decir lo gratificante que resulta en Paraguay reconocer tantos nombres en la musical lengua guaraní y que indican a este país como el único de América cuya lengua nativa sigue escuchándose en todas partes y en todos los niveles socioeconómicos.

Algo de todo esto también sucede en Chile con nombres como Melipilla, Cachapoal o de la propia y exclusiva comuna de Vitacura, aunque me temo que gran parte de la población no tiene idea de dónde provienen y qué significan. Toconce y Caspana en el norte; Quemchi y Chonchi, en el sur, y esa multiplicidad de voces en nuestra Región de la Araucanía que nos suenan hermosas y todavía más cuando descubrimos su traducción al castellano. Vaya que valdría la pena que a los escolares chilenos se les regalara un diccionario con las voces más frecuentes de nuestros pueblos y ciudades, volcanes, ríos y otros bautizados por los mapuche, diaguitas, rapanuí o los kawéskar de nuestra Patagonia austral.

Nuestro sincretismo cultural hace justamente compatible las distintas voces de nuestra geografía. Me encanta que nuestra capital se llame Santiago, en reconocimiento de un apóstol que murió decapitado en defensa de la fe, así como otras varias ciudades de nuestra región le rinden culto a un santo tan corajudo. Tal como estimo muy justo que una ciudad lleve el nombre de Valdivia, nuestro conquistador español. Por otro lado siempre he celebrado nombres tan bellos y estremecedores como nuestro Golfo de Penas, la Isla Desolación y el Cabo Última Esperanza, que en sus propios nombres reconocen la hazaña que sig-

nificó poblar nuestro extremo sur. Así como también celebro el acierto y el humor que bautizó a Pueblo Hundido, a nuestra Bahía Inútil o la localidad de Salsipuedes.

Sin embargo, quienes nos visitan se extrañan de que tantas avenidas y plazas lleven el nombre de militares, de presuntos héroes de la patria que no recibieron siquiera un rasguño en los conflictos fratricidas que dirigieron, por ejemplo, en el norte y sur del país. En este sentido, me parece escandaloso que se le rinda culto a un criminal como Cornelio Saavedra, el “pacificador” de la Araucanía, así como me repugna en todo Chile tanta calle, y hasta una Universidad, con el nombre de Diego Portales, el fundador del autoritarismo chileno y que condujera al despropósito de Pinochet de cambiarle el nombre al edificio Gabriela Mistral por el de este controvertido personaje. El nombre del general Manuel Baquedano, que se lo supone como el gran triunfador de las guerras contra Perú y Bolivia, tiene también una enormidad de estatuas y señaléticas en todo nuestro territorio y pocos saben que murió plácidamente añoso y en la cama después de derivar a la política y participar en algunas conspiraciones propias de quienes visten de uniforme en nuestro país, a excepción de los bomberos, creo.

Todo ello, cuando el talento de Pablo Neruda y tantos escritores y artistas apenas tienen algún reconocimiento en este sentido, cuando en todas nuestras latitudes es posible descubrir poetas, pintores y cantantes por doquier. Como que la propia Violeta Parra todavía merece más reconocimientos fuera de Chile y su Gracias a la Vida se ha convertido en un himno internacional.

Como sabemos, resultó todo un conflicto suprimir, luego de dos décadas, el nombre de 11 de Septiembre a una avenida santiaguina, lo que finalmente fue consentido bajo la condición de que no se la rebautizara como Salvador Allende, quien ya fue reconocido en Chile

y en el mundo como nuestro principal personaje histórico y mártir de la Democracia. Mucha tristeza nos ocasionó una torpe y mal informada consulta vecinal sobre la posibilidad de reestablecerle el nombre de Huelén al Cerro Santa Lucía, que, por añadidura, nos recuerda a la esposa del Tirano. Así como la decisión de cambiarle el lindo nombre en mapudungún que tenía el Aeropuerto de Pudahuel para reemplazarlo por el del Comodoro Arturo Merino Benítez, comandante de la Fuerza Aérea que en su vida no registra combate alguno, como que falleciera a los 82 años de un derrame cerebral.

Pero esa iniciativa podría ser tomada como ejemplo y acicate para que los chilenos de todo el país exigieran a sus alcaldes y concejales cambiar el desafortunado nombre de tantos lugares. Sería una loable y justa iniciativa ciudadana.

Gastos “reservados”

El primer botín que se llevaron los primeros moradores de La Moneda después de Pinochet fue ese extraño ítem de los gastos reservados. Un monto a libre disposición de algunos ministros de Estado y, por supuesto, del propio presidente de la República. Los que éramos muy jóvenes al momento del Golpe Militar no sospechábamos que éste existía y en que se explica parte de la fortuna acumulada por el Dictador en sus 17 años de gobierno.

Fue el propio Enrique Correa, el primer ministro de la Secretaría General de Gobierno de la Concertación el que me abrió los ojos al respecto, junto con exhibirme (no sé por qué) un listado de unos treinta o cuarenta nombres de personas que el ministro decidió pagarles un buen estipendio mensual, aunque nunca tanto como son actualmente estos egresos en favor de asesores, amigos y de un cuanto hay de los ministros que manejan estos recursos. Correa quiso que me enterara de los nombres de algunos conocidos periodistas y militantes del Partido Comunista que eran favorecidos con estos honorarios, a cambio de informes que debían entregarle al Secretario de Estado más bien para que el donativo resultara más elegante y no se ruborizaran al cobrar lo asignado.

En efecto, varios de ellos, muy ingenuamente, se sentían privilegiados de merecer esta asignación y, por mucho tiempo, no se dieron cuenta de que habían sido víctimas de un soborno y un respectivo cohecho.

Según recuerdo, este ítem variaba según la importancia de tal ministerio. Luego de los altos recursos asignados al jefe de Estado, entiendo que los ministros de Hacienda, Interior y de Defensa cortaban la tajada más grande de esta partida presupuestaria discrecional y secreta. Pero en el caso de la Secretaría de Gobierno éste ascendía a varios millones de dólares anuales, por lo que lo destinado a estos personajes la verdad es que era una minucia en relación a todo lo que disponía.

Con los años, no sé si el propio gobierno de Aylwin o el siguiente dispuso rebajar los montos de estos gastos reservados, pero sigue siendo una partida necesaria para pagar soplonos internos, espías extranjeros y favores de parte de los gobiernos en operaciones que necesariamente deben quedar en reserva o en ultratumba.

Pero estas platas también son para que los titulares de estos cargos puedan “cacharpearse”, como decimos en Chile cuando decidimos renovar o actualizar nuestro ropero. De allí que sea tan corriente observar de la noche a la mañana a ministros, subsecretarios y otros que cambian violentamente de aspecto gracias a los modistos o a las tiendas de ropa fina que son siempre seguros acreedores de estas cuentas. El propio Enrique Correa (que cargó siempre con el sobrenombre de *Guatón* Correa por su voluminoso abdomen, su recurrente chomba café y su interminable y trajinada bufanda) de pronto se nos convirtió, gracias a la buena percha, en un personaje menos voluminoso y algo más pulcro. Así como después me confidenciaron que, luego de su paso por La Moneda, el furibundo Mapu de la década de los setenta adquiriera dos magníficas casas en una localidad llamada Santa Rosa de Chena, que el arquitecto que las hizo tazara por sobre los 500 mil dólares cada una.

En materia de apetitos políticos, desde entonces se distinguieron ministerios con o sin gastos reservados, aunque con los años la verdad es que la política ha discurrido otras formas más lucrativas de asegurarse sobresueldos, financiar campañas electorales y asegurar el futuro de las autoridades y el de sus descendientes o allegados. Desde luego, mediante las licitaciones públicas arregladas con las empresas nacionales y extranjeras, dispuestas a pagar altas coimas por ser asignados para la construcción de importantes obras públicas. Lo que explicó el escándalo MOP GATE, que tuvo por las cuerdas al Gobierno de Lagos y ahora es reconocido como uno de los hitos iniciales de la colusión gobierno, oposición y empresarios para defraudar al Fisco, financiar los procesos electorales, cuanto asegurarse ingresos por encima de las abultadas dietas parlamentarias y ministeriales.

Se sospecha que echando mano a los gastos reservados, algunos gobiernos se han asegurado, también, el voto de algunos parlamentarios independientes o renunciados a los partidos. Operación que ha sido vital para romper el empate legislativo que por muchos años hubo entre la Concertación y la Alianza por Chile. Así como parece altamente probable que candidatos de menor cuantía hayan competido por encargo, con la intención de robarle votos a otros que podrían haber quebrado el duopolio político que ha cogobernado en los últimos veinticinco años. Al respecto, es curioso que entre los cuatro o cinco candidatos presidenciales surgidos desde la izquierda para rebajarle a la mitad ese alto porcentaje del 20 por ciento de apoyo que lograra Marco Enríquez-Ominami en el 2009, varios de ellos hayan desaparecido de la política. En un momento en que la completa decepción respecto del conjunto de los partidos y referentes pudiera abrirles más posibilidades que antes.

Quizás en el uso de los gastos reservados se expliquen algunos enigmas al respecto, aunque de veras, ahora se trata de recursos demasiado

discretos en relación a lo dispuesto por las grandes empresas para fidelizar en sus intereses a la clase política. Quizás ello explique el desinterés del ex ministro Correa en volver a ocupar cargos públicos, salvo el de mantener a varios de sus peones en La Moneda y en los partidos. Ahora que ha devenido en un poderoso traficante de influencias o lobista no solo dentro del ámbito de la política, sino en las barbas de poder empresarial que ahora le tributa toda suerte de consideraciones. Lo que se condice con lo que declarara Pinochet después de compartir con él: “si yo lo hubiera conocido antes lo habría tenido en mi gobierno”.

La esperanza del presente

Durante todo el 2011 tuve la oportunidad de acompañar a los estudiantes en esas enormes movilizaciones callejeras en demanda por una educación gratuita y de calidad. Viví de cerca un fenómeno que concitó la atención del mundo y que marcó un antes y un después en la política chilena. Una experiencia que despertó la conciencia de todo un país y lo convenció de que los cambios no se logran sin romper la inercia, fustigar a los políticos apoltronados en sus cargos y ejercer presión social. El país empezaba a hundirse en la conformidad y en el desencanto, cuando los jóvenes nos dijeron “que otro mundo es posible” y que todos los sueños que irrumpieron en la lucha contra la Dictadura podían finalmente cumplirse si los reanimábamos en estas jornadas de protesta.

Con las demandas educacionales, los chilenos fuimos convenciéndonos que la salud, la previsión, el salario justo y tantos otros derechos podían ser conquistados mediante la movilización social. Al mismo tiempo que descubrir la impostura de las cúpulas políticas, la voracidad empresarial y la necesidad de arribar a un orden genuinamente democrático. De allí que prendiera tan fácilmente la idea de una Asamblea

Constituyente cuando nuestros gobernantes ya se conformaban con la institucionalidad heredada o, incluso, parecían encantados de los beneficios del modelo socio económico vigente. Al extremo de que los mismos pobres llegaban a creer que ya no lo eran y que hasta la enorme concentración de la riqueza podía ser auspiciosa para el progreso de Chile, para que alguna vez les derramase prosperidad. Ideologizados, incluso en la idea de que la paz social puede alcanzarse en las agudas inequidades, así como en el despliegue cada vez mayor de policías e instrumentos de “disuasión”.

Bastaron cuatro o cinco masivas marchas para que las encuestas indicaran que el pueblo estaba despertando y empezaba a reconocer enorme liderazgo y confianza en los abanderados del Movimiento Estudiantil. En una Camila Vallejo, por ejemplo, que de verdad pudo proponerse lo que quisiera para recuperar el rumbo de un sueño democrático traicionado, que se conformaba con la Constitución de 1980, la economía desigual y esa gran prensa al servicio de los intereses hegemónicos, que una vez más renunciaba a su misión liberadora.

En nuestras conversaciones y coloquios con los estudiantes muchas veces nos miraban con ingenuidad y sospecha cuando les advertíamos que había que romper con esa nefasta creencia de que “los jóvenes son la esperanza del futuro”, cuando en realidad todos los grandes cambios de la historia habían tenido como ariete a las nuevas generaciones; cuando la propia Emancipación Americana y las revoluciones posteriores fueron concebidas y consumadas por conductores de veinte, treinta o no más de 40 años de edad. Por líderes revolucionarios que rompieron con los antiguos referentes políticos y fueron capaces de fundar los propios.

En pocos meses, la resolución de los estudiantes acabó con el prestigio de las viejas guardias políticas y en el frontis de la Universidad de Chile los jóvenes se preguntaban en enormes pendones “dónde están”

los Ricardo Lagos, la propia Michelle Bachelet y otros que se sumieron en completo silencio ante las demandas callejeras y sus imponentes movilizaciones. En una actitud no muy distinta a la del Presidente Piñera, su gobierno y de los medios de comunicación que calumniaban las movilizaciones, concentraban su atención en aquellos, los provocadores, siempre infiltrados en las marchas y que justificaban la represión como en los mismos tiempos de Pinochet.

Pero mucho más poderoso se hizo el entusiasmo, la imaginación y las nuevas convicciones que sembraron estas bellas jornadas que, hay que reconocerlo, mantuvieron a buena parte de los profesores universitarios en la indiferencia y desconfianza; apoltronados, también, es sus cátedras y laboratorios. No más de dos o tres rectores de todo el país salieron alguna vez a acompañar a sus estudiantes, más allá de hacerse presentes en las comisarías para demandar su libertad y protestar por el maltrato policial. Una pasiva reacción en la que se funda actualmente el desdén y hasta el menosprecio de los jóvenes hacia sus maestros y autoridades, cuando los valores y objetivos que los estudiantes portaban debían ser los mismos de toda la universidad y del sistema educacional abandonado por el Estado y entregado al negocio y el lucro.

No hay duda que el mayor mérito de estas movilizaciones fue descubrirle al país la injusticia y las inequidades profundas de nuestra realidad, la promoción de la educación igualitaria y de calidad para todos los niños y jóvenes, la necesidad de profundizar la democracia y el aliento a todos los derechos que siguen conculcados durante la posdictadura. Especialmente, los de los trabajadores y de las minorías étnicas. De esta forma es que en las siguientes elecciones presidenciales y parlamentarias cambió abruptamente el discurso, y las banderas de los estudiantes fueron asumidas con oportunismo por esa Nueva Mayoría que surgió de las cenizas de la Concertación y llevó a La Moneda la promesa de

un cambio. Una ilusión, por cierto, que se disipó en pocos meses por los episodios de corrupción, pero obviamente, también, por la falta de convicción de las nuevas autoridades. Claro, porque habría sido muy extraño que los mismos que idearon monstruosidades como el usurero crédito con aval del estado para los estudiantes pobres, que por tantos años consistieron con el lucro educacional, disfrutaron políticamente del sistema electoral binominal y se tragaron enterito el modelo neoliberal, fueran después los que materializaran las promesas del Programa Presidencial de la candidata que logró reelegirse. Haciendo suyas, como se sabe, el ideario de estas movilizaciones, nada más que para asegurarse una votación en que, pese a la millonaria propaganda, se abstuvo, de todas maneras, casi el 60 por ciento de la ciudadanía.

Es lamentable, por lo mismo, que los líderes estudiantiles no hayan tenido más confianza en sí mismos, como en una propia organización para acceder al Gobierno o el Parlamento. A pesar de que los que decidieron pedirle prestados los cupos electorales a los viejos partidos estén cumpliendo, finalmente, un correcto desempeño en el Poder Legislativo, conformando una “bancada juvenil” mucho más lúcida que la de tantos colegas revenidos por el tiempo y los sobornos del poder. Aunque se trate, de todas maneras, de un grupo verdaderamente discreto en su capacidad de imponer las reformas demandadas, por lo que de nuevo las calles se encienden con la protesta y las movilizaciones en que, el desafío, esta vez, radica en que los trabajadores, los profesionales y esa multiplicidad de referentes sociales cerque al conjunto de la política y las generaciones jóvenes entiendan que deben asumirse más bien en “la esperanza del presente de los pueblos”, más que de su porvenir. Porque para los cambios se precisa no solo ideas, sino también de emociones y esa dosis de coraje y sacrificio que son más propios de la juventud.

Los malos también mueren

En Chile pareciera que todos los difuntos fueron excelentes personas. Ante el desarrollo inquietante de la criminalidad, es normal observar en la televisión los homenajes que reciben, habitualmente, los abatidos en las reyertas callejeras o en aquellos enfrentamientos entre narcotraficantes y bandas criminales. De pronto tenemos la impresión de que todos los que mueren en accidentes o por causa natural eran verdaderos santos o en camino de lograrlo.

En la política todavía se exagera más, y el tributo a los que fallecen se hace más amplio y transversal, todavía, cuando de verdad sabemos que los malos también parten de este mundo cuando les llega la hora. Hace algunos días nos informamos de la muerte de Sergio Diez Urzúa, un ex senador de la Derecha que tocó la puerta de los cuarteles en 1973 y por todo el tiempo de la Dictadura se convirtió en un acérrimo defensor del Régimen Militar, tanto así que Pinochet lo distinguió como su Embajador ante las Naciones Unidas y durante esos 17 años de horror no pronunciara reproche alguno respecto de lo que sucedía en nuestro país.

Desde su alto cargo diplomático en Nueva York, Diez llegó a desmentir públicamente la existencia de detenidos desaparecidos en Chile,

así como advirtió de viva voz en la Asamblea General que en Chile existía libertad de expresión, para lo cual exhibió como prueba un ejemplar de la revista *Análisis*, de seguro la publicación más perseguida y reprimida por el Régimen Castrense y las fiscalías militares. Un mañoso e hipócrita recurso que lo sindicaba como uno de los políticos más abyectos de la Dictadura, después de ser reconocido como uno de los más grandes instigadores del Golpe Militar y el atentado terrorista a La Moneda.

Recién hace una década, Díez le declara a *El Mercurio* que él fue engañado respecto de la situación de los detenidos desaparecidos, reconocimiento que, en realidad, lo sindicaba como un gran hipócrita, porque de tonto no tenía un pelo en su despoblada cabeza. Sin embargo, hasta los noventa años en que fallece, no se sabe que haya pedido perdón respecto de la enorme responsabilidad que tuvo en el quiebre institucional y el magnicidio presidencial.

Lo que indigna es la forma en que algunos políticos demócratas cristianos, socialistas y otros concuerdan es calificar a Díez de ser un “constitucionalista” destacado, asimismo de valorar su disposición al “diálogo entre los sectores democráticos”. Además de elucubrar otras insólitas virtudes políticas que, en realidad, se contradicen completamente en su dilatada y bochornosa trayectoria política. Nos revela, en este sentido, tanta hipocresía al respecto, así como también el reconocimiento de haber sido un –católico– ejemplar, cuando se sabe que estuvo siempre completamente a contrapelo con la posición de sus obispos durante todo el régimen castrense. Es decir, con un pastor como el Cardenal Raúl Silva Henríquez que fundó la Vicaría de la Solidaridad para que se ocupara, justamente, de la defensa de los humillados.

De verdad es que lo único que pudiera salvar a Sergio Díez tendría que ser la “infinita misericordia de Dios”, porque para la historia no tiene más posibilidad de ser reconocido como un golpista y cómpli-

ce de las horribles violaciones a los Derechos Humanos. Que muere, como tantos, en la más completa impunidad y favorecido por el repugnante homenaje de quienes olvidaron o dejaron pasar inadvertido un nuevo natalicio de Salvador Allende, en la misma semana en que se despedía a este político de extrema y obscena derecha. Porque más que alcanzar el paraíso, la verdad es que los seres humanos seríamos una verdadera “pasión inútil” si los malos no pagaran sus fechorías aunque fuera después de muertos.

Pasaporte al Paraíso

De la relación que he tenido con muchos ancianos que ya se acercan a la muerte me queda la convicción de que los comportados decentemente no manifiestan mucha preocupación por lo que les depara el destino. En varios de ellos he comprobado simplemente la satisfacción de haber sido justos y bondadosos en sus vidas sin esperar más retribución que su tranquilidad espiritual. Sin embargo, en una interesante conversación que tuve hace tiempo con un recaudador eclesiástico (qué si los hay también), éste me reconoció que buena parte de los bienes de la Iglesia Católica tenían origen en las contribuciones de personas que morían con su conciencia intranquila, como en la esperanza de que con estas erogaciones se les abriera el Cielo sin mayor tránsito por el Purgatorio. Personas que confiaban que en el pago de muchas misas en su honor, una vez fallecidos, la Justicia Divina los recibiera con indulgencia. Más todavía si legaban parte de su herencia en casas, propiedades agrícolas y otras, en algo equivalente a una “cuarta de libre disposición” al que la Santa Madre Iglesia le venía muy bien para su sostenimiento y obras sociales. No se

trataba de quienes decidían repartir todos sus bienes entre los pobres y desvalidos, sino únicamente de quienes separaban una parte de todo su peculio, muchas veces mal habido, para comprarse la vida eterna.

No sé cuántos multimillonarios de hoy viven y abusan de su poder y dinero en la esperanza de que con una tajada de su torta pueden asegurarse que los serafines y querubines celestiales los reciban y conduzcan hasta la presencia del Todopoderoso, una vez que la muerte los llame sin retorno. Después de lucrar, regatearle el salario y derechos a los trabajadores, luego de sus colusiones y evasiones tributarias. De practicar tanta codicia y tropelías contra el medioambiente y los derechos de los demás.

En la esperanza de que los más ricos empresarios definan en sus testamentos una porción para sus iglesias es que se entiende la connivencia que suele producirse entre las cúpulas eclesiásticas y muchos de estos malvados personajes. La concurrencia sacerdotal a la inauguración o aniversarios de sus empresas, así como las lisonjas y bendiciones de curas como Karadima y O'Reilly, tenían y tienen la intención de sacarles dinero a los ricos a cambio de anularles sus matrimonios religiosos, tramitarles bendiciones papales y oficiar, incluso, de intermediarios con la política a fin de facilitarles sus negocios. De esta forma, entonces, es que éstos obtenían del poder eclesiástico el título de “benefactores” para, así, quedar más cerquita del Paraíso. Uno de ellos, Ricardo Claro, recibió una impresionante condecoración vaticana antes de morir previo a que se descubriera su financiamiento a las más siniestras operaciones criminales de la Dictadura, así como su frecuente concurrencia a uno de los centros más brutales de tortura y exterminio, como el de la calle Simón Bolívar de nuestra capital.

En el pretexto de que lo que “la Iglesia ate en la Tierra será atado también en el Cielo” muchos de los más horribles pecadores creían re-

cibir pasaporte celestial de una institución que, en realidad, sabe tanto por vieja y por diablo. En la soberbia de que también podían burlar a Dios tan fácilmente como a Impuestos Internos o a la Tesorería General de la República y a los millones de consumidores. En una práctica sistemática de turbias relaciones eclesiástico patronales que felizmente los últimos pontífices se han encargado de desacreditar. Por lo mismo que estos empingorotados personajes han empezado a perder la fe y a eliminar a la Iglesia dentro de su lista de herederos. Algo muy saludable para la Fe, ciertamente.

Donde gobernar es obedecer

Durante cinco días el salón de actos permaneció repleto y en todas estas jornadas estuvo presente el subcomandante Marcos como el cuerpo de comandantes y comandantas del Ejército Zapatista. Más de tres mil personas provenientes de todo México y de los más diversos países del mundo concurren, hace un par de años, al Festival de la Digna Rabia convocada por este movimiento insurgente en la bellísima ciudad de San Cristóbal de las Casas en la provincia de Chiapas. En la sede de la Universidad de la Tierra hubo que habilitar muchas salas para que los concurrentes pidieran escuchar por circuito cerrado cerca de un centenar de contundentes testimonios sobre el fracaso de los modelos neoliberales en el mundo desarrollado y, por cierto, de las naciones de notable rezago y pobreza. En centenares de carpas e improvisados albergues permanecieron una gran cantidad de jóvenes atraídos por la convocatoria y que se interrelacionaron en los más distintos idiomas, incluidas las más de sesenta lenguas indígenas que ofrece la diversidad cultural mexicana y regional. Entre ellas, nuestro mapudungún.

En un balance desolador se concluye que el capitalismo salvaje, las privatizaciones y la desregulación estatal han ahondado las inequidades

y provocado los desequilibrios ambientales que ya producen estragos en el clima y la vida del planeta. Al mismo tiempo que los gobiernos han acentuado su poder represivo y los políticos pierden credibilidad y legitimidad en prácticamente todos los países. Aunque Marcos y los comandantes del EZLN hablaron preferentemente para contrastar esta situación con lo que ocurre en las zonas liberadas de Chiapas, éstos también tomaron la palabra para aludir al levantamiento juvenil y popular griego, después de que un estudiante fuera ultimado por la policía. Además, por supuesto, de expresar la solidaridad con la lucha de resistencia palestina. A las dos muchachas griegas que se refirieron a lo que acontece en su país, Marcos les obsequió un cuadro de la pintora chilena Beatriz Castedo (hija de nuestro historiador), quien se ha convertido en la principal artista plástica de la selva lacandona y de los coloridos pueblos y ciudades del extendido estado de Chiapas, luego que decidiera residir en San Cristóbal de las Casas.

El Festival de la Digna Rabia coincidió con el décimo quinto aniversario del levantamiento zapatista, cuando miles de indígenas irrumpieron en la plaza principal de la ciudad para denunciar ante México y el mundo las horribles formas de explotación que padecían. Un alzamiento que coincidió con la puesta en vigencia del Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y Canadá y que en todo este tiempo ha probado tantas desventajas para México. Tanto es así como que, después de haber sido un gran exportador de alimentos, hoy depende dramáticamente del exterior en más de un cincuenta por ciento de todo lo que consume. Años en que ha acentuado su dependencia respecto de su poderoso vecino, así como del criminal negocio del narcotráfico que compite con el petróleo en la obtención de divisas y siembra la muerte ya casi en todo el territorio. Especialmente en el norte del país, desde donde salen a buscar mejores horizontes más de 500 mil mexicanos al

año. A veces con la trágica suerte de ser asesinados o encarcelados por las fuerzas fronterizas estadounidenses encargadas de aplacar la migración.

En el lúgubre panorama mundial que se expuso en este evento, el propio líder zapatista visualizó una luz de esperanza liberadora no sólo para su país, sino para muchas naciones, especialmente de nuestro continente. De hecho, aludió en varias oportunidades a los procesos políticos de Bolivia y Ecuador, aunque expresó su deseo de que éstos no cedan al caudillismo de sus dirigentes y se divorcien de lo que para él parece fundamental: la consolidación de una democracia participativa, en que los pueblos sean los que impongan sus decisiones a quienes los representen. “Gobernar obedeciendo” fue la idea fuerza expresada en todo el Festival y que marca las diferencias del zapatismo con la izquierda mexicana.

Reconociendo los méritos de Fidel Castro (a quien valoró como uno de los líderes políticos más colosales del último siglo), el Subcomandante Marcos se juega por los procesos revolucionarios surgidos desde la base y en que los jefes “recojan línea en vez de bajarla”. En su cosmovisión política, sin embargo, reconoce la necesidad de sacudirse de todo dogmatismo y respetar la autonomía y particularidad de cada proceso de redención social. Asimismo, y reconociendo el aporte fundamental del marxismo, el discurso de Marcos puso énfasis más en el concepto de solidaridad que en el de conflicto. De esta forma es que su organización armada se propone la autodefensa de las cinco áreas geográficas y políticas liberadas por el zapatismo, que hasta hace unos años se conocían como “aguascalientes” y que hoy se identifican como “caracoles”. Allí viven miles de familias indígenas agrupadas por su identidad étnica y que pueblan todo el estado de Chiapas; es decir las comunidades tojolabales, tzeltales, mames, choles, tzotziles y zoques. Denominaciones que vivieron en el conflicto azuzado por los colonizadores, las capillas religiosas y los agentes del estado y que hoy se

reconocen en sus comunes derechos como en una policromía cultural fascinante después de sufrir cinco siglos de dominación.

Justamente a menos de una hora de San Cristóbal de la Casas tuvimos la oportunidad de conocer el caracol de Oventik y quedar asombrados ante el progreso experimentando en menos de una década de autogobierno, trabajo solidario y desarrollo educacional de quienes pertenecían seguramente a una de las zonas más atrasadas de la Tierra y sitiada por la desnutrición, el analfabetismo y la represión. Acogidos por el “Buen Gobierno” de este Caracol (como se autodenomina en todos los asentamientos zapatistas), nos ilustramos acerca de la organización política de la entidad que se funda en la elección de un amplio equipo dirigente que renueva sus voceros prácticamente todos los meses a fin de evitar toda forma de corrupción y comprometer a todos en las gestiones ejecutivas. Comprobamos, asimismo, que la paridad de género se logra mejor que en muchos otros gobiernos del mundo y nos sorprendió la incorporación, incluso, de los menores de edad en las tareas de gobierno.

Destaca particularmente el hecho de la renuncia de estas comunidades a percibir cualquier aporte del estado mexicano, de tal manera que todos los ingresos para su mantenimiento y desarrollo provengan fundamentalmente de su propio trabajo agrícola, fabricación y comercialización de artesanía, como la recepción de recursos solidarios de fundaciones y personas de cualquier parte del mundo. También, pudimos comprobar el avance de ésta y otras comunidades indígenas en la consolidación de sus propios sistemas de Justicia, donde los delitos se juzgan y penan según sus propios códigos de uso y costumbres ancestrales. De tal manera que los diferendos se tratan de resolver, primero, con un eficiente sistema de mediación entre las partes, las condenas prefieren el trabajo comunitario y el cumplimiento de la misma se propone el objetivo de rehabilitar plenamente al reo.

Pero lo que resulta más tangible es el progreso material de estas comunidades. La construcción y sostenimiento de escuelas primarias para los niños, como la implementación de actividades de perfeccionamiento laboral para los adultos. La existencia de un centro de salud que podría ser la envidia de muchos policlínicos u hospitales en cualquier país de la Región. Nuestra visita coincidió con la de una doctora norteamericana de la famosa Clínica Mayo que anunció la donación de valiosos equipos médicos para los caracoles. En Oventik pudimos observar los cimientos de lo que será una primera escuela secundaria, dado que ya muchos niños completaron su formación básica.

El contraste de lo que sucede en un caracol como éste es brutal si se tiene oportunidad de visitar también aquellas localidades que se mantienen bajo la administración de los municipios estatales. Impactante nos resultó llegar hasta el pueblo Juan Chamula, desde donde fueron arrojados, hace quince años, miles de pobladores zapatistas hacia San Cristóbal de la Casas, siendo acogidos entre otros, por el obispo católico Samuel Ruiz. Pastor ya retirado y que jugó un papel tan importante en consolidar la paz y reclamar el respeto a los derechos humanos de los indígenas. Bajo el gobierno de caciques corruptos y amparados por las autoridades priístas de la entidad, uno se enfrenta aquí con el real infierno de la miseria, el imperio de los carteles locales de la droga y el alcohol. Miles de mendigos que imploran caridad a los turistas y otros centenares de indios que claman en la catedral el favor de una infinidad de santos apostados en imágenes a lo largo de todo el templo. Un sincretismo religioso que maravilla a muchos extranjeros, pero que repugna la conciencia y desnuda las escandalosas complicidades del negocio de la religión, la política y los privilegios del cacicazgo local. Y que, al menos en ese domingo que estuvimos allí, se apostaban en medio de la plaza principal vestidos con majestuosas túnicas blancas de espléndidos y coloridos bordados, bebiendo incesantemente hasta desplomarse.

Con parábolas, ironías, cuentos y mucho humor, el Subcomandante Marcos manifiesta orgullo por lo acontecido en los caracoles y se muestra más que optimista en que la crisis económica mundial, la descomposición de los partidos y el hastío popular explican el éxito de la cruzada emprendida por el zapatismo en todo México y que se conoce como “la otra campaña”. Una enorme movilización de activistas por todo el país para conocer las diferentes realidades de los 32 estados, sembrar conciencia, consolidar organización y formas de rebelión. Definitivamente, el zapatismo ha renunciado completamente a la vía electoral y se ofrece como alternativa a cientos de miles de militantes izquierdistas decepcionados de sus dirigentes y organizaciones tradicionales. En la estrategia más lenta, pero posiblemente más segura, de ampliar espacios donde practicar con el ejemplo eso de que “otro mundo es posible”. Si se construye desde la experiencia concreta, la concertación de los oprimidos y la resistencia al orden intrínsecamente perverso del capitalismo.

EPÍLOGO

Indignados del mundo, uníos!

Los escándalos de la política y los abusos del sistema neoliberal despertaron a varios pueblos del mundo y cientos de miles o millones de indignados salieron a las calles a protestar y exigir un orden nuevo. España y Grecia fueron las expresiones más contundentes de Europa de este estado de malestar, pero sin indignados en las calles no se habría explicado el desmoronamiento del Copei y el Partido Socialdemócrata, en Venezuela; o el liderazgo que adquiere Evo Morales y Rafael Correa en Bolivia y Ecuador. Así como, antes, en Brasil, los indignados habían llevado a Lula Da Silva y a su Partido de los Trabajadores al poder.

Todos los grandes cambios en la historia han tenido como preludeo a los indignados. En nuestro país tuvimos un largo receso en la indignación nacional, pero felizmente en el 2006 irrumpieron los estudiantes indignados en Chile que dieron expresión a esa notable Revolución de los Pingüinos. Una estampida callejera cuyos líderes y activistas apenas tenían 14 o 15 años pero se habían concertado por internet y burlado a todos los servicios de inteligencia del Estado.

Desde entonces, los indignados chilenos crecen y se movilizan contra la inercia política, la corrupción de las autoridades y la escandalosa brecha entre los ricos y pobres, desigualdades que incluso se han pronunciado después de la Dictadura. Todo un proceso que partió con los estudiantes secundarios y siguió con los universitarios, el Magisterio y, durante este año, los chilenos comunes y corrientes que exigen Asamblea Constituyente, demandan mejores salarios, en un desdén hacia todos los políticos, los grandes empresarios y las instituciones públicas que funcionan incorrectamente. Al extremo que los principales episodios de su colusión, fraude tributario y otros delitos han sido descubiertos por algunas filtraciones a la prensa y conflictos entre los implicados, más que por la acción de las superintendencias, la Contraloría General de la República, el Servicio de Impuestos Internos, los tribunales o las policías.

Ni siquiera las expresiones de izquierda fueron capaces de visualizar en el polvorín de escándalos y resentimientos en que estábamos sentados. Ello explica, como en todas partes, que los indignados no hayan podido ser manipulados por los partidos o expresiones vanguardistas. Podríamos decir que todos éstos están muy conscientes del tristísimo papel de todas las cúpulas políticas, como de esa enorme dispersión de referentes marcados por el sectarismo y el caudillismo.

Pero en la indignación de hoy existen diferencias con la de tres o cuatro décadas atrás. Tengo todavía registrado en la memoria el odio que salió a las calles en los meses finales del Gobierno de Allende. Experiencia que a muchos asustó y los llevó, equivocadamente, a alentar el Golpe Militar. Una asonada que no hiciera más que exacerbar el rencor y la violencia en nuestro país con los trágicos resultados que conocemos.

Con esto quiero decir que los indignados de hoy no están marcados por la ideología o el mesianismo como antaño. Se trata de reacciones todavía espontáneas, movidas por distintos propósitos y que han in-

corporado las demandas de hoy por la recuperación de nuestro medio ambiente, el reconocimiento a la diversidad étnica y sexual, como la simple aspiración de que los corruptos abandonen sus cargos públicos y cesen su intermediación entre el pueblo y su porvenir.

Las marchas y concentraciones de hoy, curiosamente expresan más alegría que ira; más imaginación que dogmatismo. Se trata de manifestaciones en que el canto y el baile, por ejemplo, juegan un papel fundamental y logran la enorme empatía de la población. De allí que los gobernantes de turno, las policías y los canales de televisión se coludan, también, para infiltrar a los indignados criollos con provocadores y encapuchados que provoquen la intervención de la policía, el caos vial, proponiéndose atemorizar a los comerciantes, automovilistas y otros. Es impresionante comprobar en cada marcha las distintas motivaciones de la población, la diversidad de grupos y demandas que concurren a las protestas, así como la enorme solidaridad entre todos, como el respeto a las causas de los demás.

La calle ha ido edificando un amplio consenso entre los indignados, de tal forma que hoy se asume colectivamente que no es posible darle satisfacción a las demandas sectoriales sin una nueva institucionalidad y con los mismos actores de la vida política, sindical o gremial. Sin embargo, todavía a los indignados les cuesta mucho asumirse como organización y vanguardia. Resolverse a emprender una insurgencia activa, cotidiana y que apunte a consolidar una expresión política nueva. Que se olvide de los viejos referentes y sea capaz de concitar la adhesión de esa mayoría silenciosa indignada también con todo lo que sucede, aunque sin asumir, todavía, un compromiso más explícito con el cambio.

Lindo es experimentar después de un cuarto de siglo de posdictadura y promesas incumplidas que los chilenos, acicateados por los más jóvenes, se sacuden de su inercia, comparten abrumadoramente un mis-

mo diagnóstico y descubren de nuevo que los cambios solo es razonable consumarlos en la unidad, el desprecio al orden actual y enhebrando instancias que se sobrepongan a la política cupular, a la connivencia de los políticos de todos los signos, como a los dirigentes sociales anquilosados o en irremontable descomposición moral.

Aunque sea más tarde que temprano, contradiciendo la invocación de Allende, pero en consistencia con lo que el cardenal Silva Henríquez auguró en cuanto a que, después de la Dictadura, las cartas del mazo político saltarían por el aire y caerían para agruparse en nuevas expresiones e idearios. Cuando resulta evidente que en los referentes actuales ya no existe común denominador interno. En que los demócrata cristianos y socialistas parecen estar concentrados más en sus diferencias y pugnas internas que en liderar y convocar al país. Cuando la derecha es incapaz de construir una mínima convivencia y estrategia común. O en la pulverización obscena de la izquierda más radical.

De allí que le haya caído un balde de agua fría a las diferentes colectividades políticas la posibilidad de que una ley los obligue a transparentar a sus militantes, convocarlos a una reinscripción y exponerlos a lo que realmente están reducidos. Cuando en la ciudadanía se instala la abstención electoral y las encuestas señalan a partidos y parlamentarios como los más desacreditados del país. Más, todavía, en los Tribunales de Justicia, cuya falta de credibilidad se ha hecho una enfermedad crónica y catastrófica.

Últimos títulos del autor

Bajo el agua (2004)

El periodismo comprometido (2006)

Crónicas para incomodar (2008)

Lo esencial en el periodismo (2008)

Nuestros pecados capitales (2012)

Un examen crítico del país que somos

La democracia traicionada (2013)

Lo diré mañana (2014)

Crónicas de la política que se repite el plato

